

La Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA II DE DICIEMBRE DE 1911

Núm. 1.563

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



AURORA DE LA VIDA, cuadro de Félix Mestres

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Una aventura ejemplar*, por Antonio Careta y Vidal. — *La vendimia en las provincias del Rin*. — *La misión Guebriant*. — *Conflicto ruso-persa*. — *Guerra italo turca*. — *Madrid. El Ropero de Santa Victoria*. — *El concurso de aviación militar de Reims*. — *La niña Dolores Roig*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; continuación). — *Libros*. — *Melilla. Inauguración de un tranvía aéreo en San Juan de las Minas*.

Grabados.—*Aurora de la vida*, cuadro de F. Mestres. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *Una aventura ejemplar*. — *Retrato de la baronesa Steffi G.*, por Nicolás Schattstein. — *Lavendimia en las provincias del Rin*. — *La misión católica en China de monseñor Guebriant*. — *Conflicto ruso-persa*. — *Guerra italo turca*. — *El espejo*, cuadro de E. Gelhay. — *En el palco*, cuadro de V. Caputo. — *Madrid. La familia real en el Ropero de Santa Victoria*. — *Un servidor de la casa real llevando un lote de prendas*. — *El aviador Weymann*. — *La niña Dolores Roig y Tintoré, notable pianista*. — *Trípoli. Vista del mercado*. — *Melilla. Inauguración de un tranvía aéreo. Grupo de invitados*. — *Grupo de periodistas españoles*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No recuerdo en este momento si la fiesta de la Inmaculada Concepción figura entre las que la Iglesia ha reformado, quitándoles la obligación de misa, como se la ha quitado al *Corpus Christi* y a las de los patronos titulares; pero sin duda es muy señalada esta conmemoración, que se relaciona con el mayor de los misterios, la Encarnación redentora.

Y, siendo tan señalada, no falta quien desconozca, aun entre los católicos, su significado. Bastantes he visto que creían que la fiesta del 8 de diciembre se consagraba a la pureza de María; no a la pureza en que fué concebida, sino a la pureza con que concibió del Espíritu Santo.

Hay, en todos estos dogmas de la Iglesia, de tan profundo sentido, algo también muy hondo mirado a la luz de la ciencia, y relacionado con lo que sabemos más claramente de la naturaleza humana. El dogma que tiene más miga, digámoslo así, es el del pecado original. La teología enseña que, como el primer hombre era el hombre universal, al contaminarle el pecado contaminó a toda su especie, y que del pecador tuvieron que nacer pecadores. No cabe nada tan científicamente serio como esta afirmación, que encierra la teoría de la herencia y de las razas.

Los que, como Juan Jacobo Rousseau, han sostenido la bondad natural del hombre, suponiéndola adulterada por la sociedad y la civilización, no han hecho sino demostrar que puede decirse y defenderse lo más absurdo. Las ideas de Rousseau han abierto surco; las han aceptado con entusiasmo las muchedumbres, y no sólo las muchedumbres, sino inteligencias privilegiadas, como la del conde de Tolstoy; han socavado los cimientos de la justicia social, y de la sociedad misma, y sin embargo, son lo más anticientífico, antipositivo y antiexperimental que puede existir. Van contra todo lo observado; dan solemne bofetón a la realidad; pugnan con cuanto sabemos; reproducen los iluminismos y los saturnismos de la Edad Media. En cambio, los frailes y teólogos que en aulas y basílicas enseñaban la corrupción original de nuestra especie, eran, verdaderamente fisiólogos y psicólogos de lo más avanzado, en el terreno científico.

De esta corrupción exceptuaron a la Virgen, en cuyas entrañas había de nacer el Salvador, el Mesías, Manuel, aquel que comería manteca y miel perfumada, la miel del amor. Y, aun que la Virgen fuese engendrada como todos los humanos, — el pecado no se transmitió a ella. — Tal es el sentido del dogma de la Inmaculada.

No fué dogma hasta hace muy poco tiempo: a mediados del pasado siglo, fué cuando Pío IX hizo la declaración solemne. Hasta entonces, corría tan sólo como piadosa doctrina de algunas Ordenes religiosas, y muy en especial de la franciscana, en la cual han dominado el sentimiento y la poesía, el misticismo y la idea de la gracia, un contacto más estrecho y tierno con la divinidad. Otras Ordenes, en cambio, no se mostraban tan favorables. Largas disputas resonaron en los claustros, acerca de este punto.

Un franciscano, Dunsio Escoto, llamado el doctor Sutil, fué quien sostuvo la más encarnizada, la más refinada, en la cual agotó las fuerzas de su cuerpo y de su ingenio, y que terminó por medio de un argumento tan sencillo y conciso como fuerte: el famoso «convenía, pudo, luego quiso» aplicado a la voluntad de Dios respecto a la Concepción de la Virgen. Desde aquella controversia del siglo XIII, la opinión piadosa respecto a este dogma quedó formada, y el dogma, moralmente definido, por decirlo así. Pero todavía las discusiones habrán de prolongarse cinco siglos y medio, y los tomistas, enemigos de los esco-

tistas, agotarán los argumentos y las proposiciones del escolasticismo, en contra.

Mirado este dogma desde otro punto de vista, envuelve la mayor exaltación de la mujer, y compensa todas las severidades y condenaciones que los Padres de la Iglesia han derramado sobre el sexo femenino. Bossuet, en su doctrina mariana, llegó a decir que la Encarnación no hubiese podido realizarse, si María no presta su asentimiento, si no pronuncia el «hágase en mí según tu voluntad.» El decreto divino necesitó la conformidad de la criatura. Los destinos del mundo, la Pasión de Cristo, no se hubiesen realizado sin la aquiescencia de María. Y esto es uno de los testimonios más magníficos, más esplendorosos tributados por la fe a la libertad humana, gran privilegio de nuestra especie.

Sobre la consagración de la mujer en María, el arte ha extendido sus velos de oro. Lo que llamamos «Las Concepciones» de Murillo, no son, como suele creerse, simbolismos del momento en que Jesús es concebido del Espíritu Santo en las entrañas de María, sino apoteosis de la Concepción Inmaculada de ésta. Por eso la representan en toda su juventud, hermosura y encanto, rodeada de coros de ángeles, pisando la cabeza de la serpiente; y por eso los primitivos, en sus tablas del xv, la figuraban de un modo candoroso, en el mismo seno de su madre, adorada por San Joaquín y Santa Ana, y contemplada, desde lo alto de los cielos, por el Padre Eterno. Entre los pintores concepcionistas, han descollado siempre los españoles, aun prescindiendo de Murillo, que hizo suyo este asunto, con dominio incontestable. Baste recordar los nombres de su discípulo Tovar, que le bebió el aliento; de Juan de Juanes; del gran Ribera; del enérgico Ribalta; de Palomino, Castillo, Valdés Leal, Escalante, Pacheco, Maella, y tantos otros como trataron este asunto seductor, del cual no se cansaba nunca la imaginación nacional. Los tallistas también se apoderan de él, si bien con menos fortuna que los pintores, porque la poesía del tema está en el cielo, en los rompimientos de gloria, en las nubes de oro y grana que rodean a la Virgen, en la travesura de los angelicos rientes y morenos que asoman jugando con rosas y palmas, ó sacando de entre dos nubes sus carofitas aladas y sin cuerpo.

Al concretarse en el mármol ó en la madera, el asunto lleno de sugerencias de pureza y gozo, pierde mucho. Por eso, a pesar de que hoy más que nunca las iglesias se adornan con estatuas de la Inmaculada y ha aumentado el movimiento con la devoción de Lourdes, ninguna puede llamarse obra maestra.

La Iglesia suprime fiestas, porque la observancia clásica del descanso dominical es ya tan rigurosa en el extranjero, que en cambio la semana tiene que consagrarse al trabajo sin interrupción; pero sucede, al menos en España, algo curioso, y es que la fiesta suprimida sigue guardándose, y no creo que por devoción, ni cosa que lo valga, sino por pura holgazanería: llamemos a cada cosa por su nombre. La tendencia, al menos en las aldeas, es a no hacer uso de la licencia que da la Iglesia, y a aumentar el número de días festivos. Hay al año dos ó tres ocasiones, en que estragan los aldeanos semanas enteras, gastándose en cohetes lo que ahorran en ropas ó medicinas; son las fiestas patronales y las votivas; aquellas en que han ofrecido, de común acuerdo, una misa en honor, verbigracia, de San Roque; y tan cristiano propósito va acompañado de mucha pirotecnia y bastante música.

No hay que ser severos en demasía con estos solaces. La vida del labriego, sin ser tan excesivamente dura y triste como la pintan, (al menos en este clima templado y en estos campos risueños ó dulcemente melancólicos), carece de distracciones, de esos goces que hoy disfrutan hasta los obreros más menesterosos, en las ciudades. Oyen hablar, acaso leen — si alguno sabe de letra — que hay teatros, cines, festejos, aerostación, *golf*, *foot ball*; a todo ello no alcanzan, y quieren romper la monotonía de su existencia lenta y laboriosa con algún placer; quieren bailar, ver mozas, divertirse. Y como en el campo no van a organizar un concurso hípico, se acogen a la función religiosa, satisfaciendo así a la vez el deseo de explorar la protección de los santos, y la comezón de refocilarse, en festines bien humildes, nada semejantes al de Trimalción, (como no sea en la abundancia.)

Porque en el campo, donde a diario se come un pote de berzas con unto, el día de la fiesta se devora; se desquita el año entero de abstinencia. La carne, lujo insólito, la salazón de cerdo, hacen el gasto. Los aldeanos de mi tierra son una demostración palmaria de la superioridad del vegetarianismo. Con vegetales se mantienen a diario, y trabajan activamente sus predios, y cargan sus carros, y alcanzan longevidad, y no sufren más enfermedades de las que sufre

la clase acomodada, que se mantiene de aves, ternera, pescado y grasas.

Claro es que no lo hacen por virtud, los labriegos, sino por necesidad. Si pudiesen, también ellos absorberían diariamente el veneno de la carne, y los más violentamente aun de las aves azoadas. Para decirlo terminantemente: se atracarían de bifecks y de perdices, riéndose de sus toxinas. La prueba es que, apenas idean una fiesta religiosa, si pueden, traen bacalao, compran carne de matadero, ó sacan del fondo de la artesa el trozo de cerdo salado, símbolo de la alegría, según la canción popular. Transcurrido el señalado día, ó días, porque los prolongan cuanto pueden, mientras hay olla, volverán a engullir resignadamente sus verduras y sus fríjoles, sus patatas y sus tortas de maíz moreno é insípido. ¡Pero, mientras se puede, venga hartura! Hasta se llega al extremo de poner plato de dulce; sí, arroz con leche, regado simétricamente de canela.

No dice mucho en favor de la espiritualidad de nuestra especie esto de que el regocijo nazca siempre de la nutrición. Bien lo sabía Sancho, y a su modo y con sus rústicas razones se lo explicaba a su amo, el caballero de la Triste Figura, que era tan triste quizás por la manía de sustentarse con hierbas, raíces y amorosos y heroicos pensamientos. Si la espiritualidad consiste en esto, en desdeñar el sustento corporal, cabe decir que en España tiene su templo esta virtud, porque España es el país de los sitios sufridos resistiendo al imposible del hambre, y el vivero de los hombres sobrios, que caminan, pelean y mueren sin acordarse del sustento. Todas las abundancias de las bodas de Camacho ¿qué valen al lado de las comilonas flamencas? Visítad los Museos españoles y comparadlos a los holandeses: apenas encontraréis, entre nuestros pintores, tan realistas, una escena de hartazgo, mientras en Holanda abundan, y hay pintores, como Teniers, que apenas pintan otra cosa sino festines ó atraquinas con acompañamiento de borracheras.

Como no hay tesis que no pueda sostenerse, ya lo hemos observado, se ha dicho que de esta sobriedad hispánica procedía en parte nuestro atraso; que el deseo y necesidad de mantenerse, de granjear el alimento, despierta la actividad, y el comer mejor, con más refinamiento de la gula, incita al ingenio para la industria y las especulaciones comerciales. Ello será así, pero también debe comprenderse que en los pueblos en que es tan exigente el estómago, la escasez será menos soportable; y así sucede, siendo los ejércitos de esas tierras muy difíciles de sostener y mantener en pie de guerra, y exigentes sus soldados en lo de bucólica. Napoleón acostumbraba repetir que las batallas las ganaba la administración militar, lo cual había expresado ya Sancho al decir que tripas llevan pies, y no pies tripas. Y sin embargo, en la patria de Sancho, se han ganado batallas sin comer, y se han hecho verdaderas enormidades heroicas, muriendo de inanición.

De todo ello saco en limpio que debemos perdonar un poco de gula a los sobrios, frugalísimos aldeanos; notando que, — aun llegado ese momento de expansión, de alegría física, causada por una alimentación mejor que la de cada día y que estimula las funciones del organismo y enriquece la sangre, — todavía lo principal del gaudeamus consiste en algo puramente espiritual, irreductible a las imposiciones de la materia: los cohetes, que son la escapatoria del espíritu hacia regiones más luminosas y más altas.

La pirotecnia es cosa, bien mirada, muy fina, y ella sola gradúa a un pueblo de soñador y de imaginativo. El dinero que anualmente se gasta en Galicia en fuegos artificiales, representa una muy razonable suma. Con ella se comprarían cereales y piezas de lienzo. Pero el aldeano, algo poeta sin saberlo, prefiere ese rastro de luz en el firmamento, ese estrépito de alborozo agitando el aire. Gasta en esto muy gustoso, como gasta en la murga estruendosa, ó en el piano mecánico, que prefiere a su antigua gaita, y en esto, ciertamente, la poesía no asoma.

No es posible expresar con palabras la desarmonía, el contraste antipático que existe entre las frondas del castañar, los horizontes grises donde se eleva el penacho de humo de las cabañas, las hojas secas que crujen bajo el pie, en una de estas hermosas tardes otoñales, la silueta de la vieja iglesia parroquial y del humilde cementerio aldeano, y los sonidos del insoportable manubrio, aporreando el «vals de los besos» del *Conde de Luxemburgo*, ó las canallescas notas de un tango picaresco. ¡La gaita se ha ido, y ha quedado en su lugar ese innoble instrumento, negación del arte, cancamurria infernal!

Mucho habría que aquilatar para definir en qué consiste la civilización, y seguramente el gaitero antiguo no representa el atraso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

UNA AVENTURA EJEMPLAR, POR ANTONIO CARETA Y VIDAL, dibujo de Mas y Fondevila

En un casino de gente adinerada, algunos socios de edad ya madura, tomando café, evocaban recuerdos de sus mocedades. En poco rato, se trajeron á

«En cuanto terminé el bachillerato, viendo que no me resolvía á abrazar carrera alguna, mi padre me dijo: «Es menester que sepas á qué has de ate-

noche del mes de marzo, serían las nueve, yendo por una de las calles más concurridas, vi una mujer que me dejó pasmado. Su rostro y sus proporciones



Cuando ayudada por mí le hubo quitado las vendas y los paños que lo envolvían...

colación historias de románticos amores desvanecidos cual humo, empresas que, juzgándose facilísimas, fracasaron por completo y verdaderas temeridades por fin alcanzadas; formando aquel conjunto de narraciones, referentes á la mujer todas ellas, una mezcolanza de lo sentimental, lo grotesco y lo altamente dramático. La misma variedad se observaba en los comentarios de que eran objeto dichas narraciones, según la naturaleza de cada una de ellas y según el temperamento del comentarista, porque tal hecho ó tal pormenor que era sublimidad para uno, otro lo juzgaba cosa «mansa» ó ridícula, y lo que hacía brotar lágrimas en éste, provocaba en aquél una estrepitosa carcajada.

De entre los hombres allí reunidos, uno solo permanecía sin abrir siquiera la boca.

—¿Y tú, Romeo, le dijo uno de los narradores, observándolo, fueras acaso el único á quien el amor jamás haya hecho perder el juicio? Bien sabemos que, hoy por hoy, eres un cumplido padre de familia, un hombre de su casa, como todos los presentes, ni más ni menos; pero ¿y cuando joven?.. Hombre, déjate de repulgos, no te hagas de rogar, cuéntanos á tu vez tus proezas.

—¿Proezas?, respondió el interpelado. No las hice en mi vida. Sólo podría contaros una aventura que sería nada amena para vosotros, y así es por demás que os la cuente.

—¡Venga, venga la aventura!, exclamaron unos.

—¡Cuenta, cuenta!, pidió con interés la mayoría de los allí reunidos.

—Pues allá va, sea como fuere, dijo Romeo.

Y apurando el último sorbo de la taza, encendió un cigarro y habló de esta suerte:

nerte desde hoy en adelante. ¿No sientes vocación por el estudio? Pues no estudies. Sin embargo, no creas que, cual otros hijos de familias acaudaladas, hayas de perder el tiempo y dar al traste con la hacienda de tus mayores. A nuestro lado tendrás casa, mesa y ropa de uso corriente; pero si quieres vestir con elegancia y permitirte algunas honestas diversiones, es preciso que te lo ganes procurándote una ocupación ó haciendo algún trabajo por tu cuenta. Allá tú en ese asunto, compóntelas como sepas, que en ello no entro ni salgo. Por de pronto, puedes, si quieres, ayudarme en la administración de nuestras fincas, y te daré por tu trabajo una mensualidad ó un tanto por ciento. Como te parezca, pero habrás de ocuparte en algo, que la ociosidad es madre de vicios.»

»Acepté inmediatamente la propuesta, y al poco tiempo fuí el verdadero administrador de nuestros bienes, de manera que ya de nada tuvo que cuidar mi padre. Una retribución correspondiente á mis tareas permitiéndome vestir según mi antojo y aun gastar algo del sobrante en libros y en teatros, que eran mis aficiones predilectas. En cuanto á vicios, ni por asomo; ni tiempo me quedaba para pensar en ellos, y además me eran repulsivos en virtud de la educación religiosa y moral que me dieron mis padres. Desde muy joven, halléme inclinado al matrimonio; pero cuantas veces cruzara entonces por mi mente algún relámpago de amor, pensé que era semejante coyunda acto demasiado serio para efectuarlo prematuramente y de golpe y porrazo. Y llegué á los veinticinco años sin arrepentirme de llevar tan prudente conducta.

»Pero nadie diga: «De esta agua no beberé.» Una

eran de estatua griega, ni más ni menos, su vestir rico al par que sencillo y elegante, y en su porte había distinción y nobleza.

»Andaba de prisa, atareada; pero tal impresión me produjo, que no pude resistir al deseo de seguir sus pasos, y fuí en pos de ella, hasta que, tras mil vueltas y rodeos, de súbito se me evaporaba en un callejón sin salida, donde no vi alma viviente.»

—Vaya, uno de los concurrentes observó, que la aventura en sus comienzos promete ya un drama.

—¿A qué interrumpir ahora?, replicó otro. Prosigue, Romeo, prosigue.

»No os podéis figurar cuánto me desconcertó aquella desaparición repentina—continuó Romeo.—Si yo hubiese visto dónde la desconocida se había metido, quizás me fuera posible hacer indagaciones; pero ¿qué ni á quién podía preguntar, no teniendo indicio alguno? Después de dar vueltas y más vueltas por el callejón, fuíme procurando borrar de mí la idea de aquella mujer, que sería una de tantas aventureras, pues su honrado porte no se compaginaba mucho con la circunstancia de andar sola por aquellos sitios extraviados en horas tales. Pero en vano fueron cuantas reflexiones me hice: la imagen de aquella beldad y el misterio que la rodeaba llegaron á ser una obsesión que no me dejó cerrar los ojos en toda la noche.

»Y la obsesión llegó á crecer en tales términos, que, al levantarme, fuí en seguida á la calleja para ver si allí encontraría algo que me orientase acerca del enigma y mas aun con el deseo de encontrar al mismo enigma en persona, así fuera enigma de muerte y de infierno. Pero fué inútil: todo era silencio en aquel sitio y á nadie vi entonces ni en ninguna

de las muchas veces que volví aquel mismo día. Por fin, en igual hora de la pasada noche, entraba apresuradamente en el callejón aquel cúmulo de gracias, metiéndose en el más ruin de los portales, donde, en cuanto ella puso el pie, yo, dejando á un lado toda vergüenza y todo escrúpulo, decíale, asiéndome á la barandilla de madera:

»—¿Subo?

»—Suba usted, contestóme ella, volviéndose en redondo y echándome una mirada de pies á cabeza...»

—¡Ah!!, exclamaron los más de los oyentes, unos asombrados, otros haciéndose socarronamente del ojo.

«Subimos á un piso cuarto—prosiguió Romeo, á la vez que, con ademán, pedía que no le interrumpiesen.—La puerta estaba abierta. La desconocida, viéndome parado delante de aquella covacha, me dijo:

»—Adelante, haga usted el obsequio de pasar.

»—Buenas noches tengan ustedes, gangueó melosamente y mirándome con curiosidad una escualida vieja encorvada y llena de arrugas.

»A la luz de una lamparilla que ardía en el interior, vi confusamente una estancia con alcoba en el fondo; lo amarillento de las paredes, los pocos y desvencijados muebles que contenía y hasta cierto repugnante olor característico, denunciaban la miseria más espantosa. Sentíame ya arrepentido de mi audacia, y más que de la curiosidad, era yo presa de la zozobra, del miedo.

»—Traiga usted luz, ordenó la joven á la anciana.

»Y dirigiéndose á mí añadió:

»—Puede usted quitarse la levita entretanto.

»Yo estaba fuera de juicio, cada vez era mayor mi aturdimiento, atropellábase en mi cerebro multitud de ideas y ni tino me quedaba para hablar ni moverme.

»Por fin se disiparon algo las tinieblas.

»A la débil luz de un candel de aceite que trajo la vieja, miré, helándome el corazón, la figura de un anciano tendida en un lecho, demacrada y rígida como un cadáver... ¿Adónde me había conducido mi brutal deseo? ¿Iba á hallarme inocentemente complicado en algún crimen horrible?

»—Póngase usted en mangas de camisa, rogóme la bella incógnita. La tarea que hay que hacer pudiera mancharle el traje.

»Iba yo de sorpresa en sorpresa... No sabiendo á qué atenerme en situación semejante, obedecí como un autómatá, quitéme la levita y el chaleco.

»Entonces mi desconocida, levantando los cobertores, dejó al descubierto una especie de momia egipcia, pues no parecía otra cosa, vendado de la cabeza á los pies, el cuerpo allí yacente.

»—Como usted comprenderá, dijo mi perseguida, no puedo manejarlo por mí sola, y hoy Dios Nuestro Señor me ha deparado en usted un auxilio. Sosténgale usted con una mano la cabeza y con otra la espalda, añadía levantando aquel cuerpo casi muerto que ni fuerzas parecía tener para quejarse.

»Cuando ayudada por mí le hubo quitado las vendas y los paños que lo envolvían, no sé cómo no perdí el sentido. No pueden concebirse en un cuerpo con vida un deterioro y una corrupción semejantes. Pero ella, dirigiéndole palabras de consuelo, enjugóme, limpióme y le acondicionó de modo tal, que arrancó tan sólo algún leve gemido al paciente lo que, al parecer, debía provocarle horrendos gritos.

»Yo no sabía si me hallaba despierto ó soñando y casi había perdido ya de vista el mundo, cuando vino á sacarme de mi estupor la misma señora presentándome una jofaina con agua, un pedazo de jabón y una toalla menguadísima y algo rota. En cuan-

to me hube lavado las manos y vestido el chaleco y la levita, me dijo la señora:

»—Quisiera pedir á usted otro favor. Corone usted su buena obra dando algo á esos infelices que, en su enferma y angustiosa vejez, carecen de todo.

»Vacíe resueltamente el bolsillo en sus manos, le

el camino recto... Dios me libre de hacer á ninguno de vosotros la injuria de creerle menos sensible que yo, á encontrarse en mi caso; porque si hubiese un hombre capaz de tomarlo á chacota ó de resistirlo solamente con indiferencia, lejos de envidiarle don tan triste, me infundiera lástima... y asco... ¡mayor

asco todavía que las llagas horribles que vi en hora tan memorable de mi existencia!

»Ya veis, pues—añadió levantándose y cogiendo el abrigo,—que no me faltaba razón al asegurarnos que no fué nada amena mi aventura.»

Tras de lo cual marchóse saludando con un ademán á sus contertulianos. Algunos de éstos se hallaban conmovidos, mostrábanse casi todos graves, y aun aquellos de suyo algo procaces, que eran los menos, guardaron circunspección.

LA VENDIMIA

EN LAS PROVINCIAS DEL RHIN

(Véase la lámina

de la página siguiente.)

Alemania, por razones climatológicas, es un país muy poco á propósito para el cultivo de la vid. Los cálidos rayos de un sol meridional no doran allí los racimos, cuya madurez hállase, por el contrario, retrasada por los fríos y las lluvias otoñales, y únicamente alcanza gran prosperidad aquel cultivo en las vertientes de las montañas que se alzan á ambas orillas del caudaloso y poético Rhin.

Y sin embargo, los vinos que en aquel valle se cosechan son tan estimados en el mundo entero por su delicado aroma, por su *bouquet* incomparable, por su finura exquisita, que los elevados precios que por ellos se pagan compensan sobradamente la relativa escasez de la producción.

Esto se debe, en parte principalísima, no sólo á la excelente selección de las especies de cepas, sino también á los cuidados prolijos, casi supersticiosos, de que son objeto los viñedos. La preparación del terreno, la cultura de las vides, la recolección de las uvas, las operaciones de la vinificación, todo se hace allí de una manera perfecta, con arreglo á los principios de la ciencia agrícola y exclusión de todo procedimiento rutinario. Las viñas son cuidadas con tanto esmero como si

fuesen jardines y cada cepa merece la misma atención que si se tratase de una planta rara, sobre todo en los cuatro primeros años, en que se la apuntala con rodrigones, cada uno de los cuales sostiene tres ó cuatro ramas.

Los terrenos en que las viñas están plantadas son sumamente movedizos, así es que los cultivadores, al roturarlos, los disponen en forma de bancales sostenidos por muros de piedras. A pesar de esto, muchas veces las lluvias derriban estos muros y abren barrancos en las pendientes, en el cual caso es menester recoger de nuevo la tierra que el agua ha arrancado y devolverla al pie de las cepas cuyas raíces han quedado al descubierto.

En aquellas comarcas vinícolas del Rhin, la vendimia ofrece el mismo pintoresco espectáculo que en todas partes donde la vid se cultiva, según puede apreciarse en las vistas que, tomadas de fotografías, publicamos en la lámina de la página siguiente y en las cuales aparecen reproducidas las más interesantes fases de la recolección de la uva que, como se ve, está confiada principalmente á mujeres.

Las operaciones de la vendimia son iguales á las de todos los países, pero se realizan con especial cuidado, sobre todo la corta de los racimos y la conducción de éstos á los lagares.—T.



Retrato de la baronesa de Steffi G., pintado por Nicolás Schattenstein (Exposición del Círculo Artístico de Viena, 1911.)

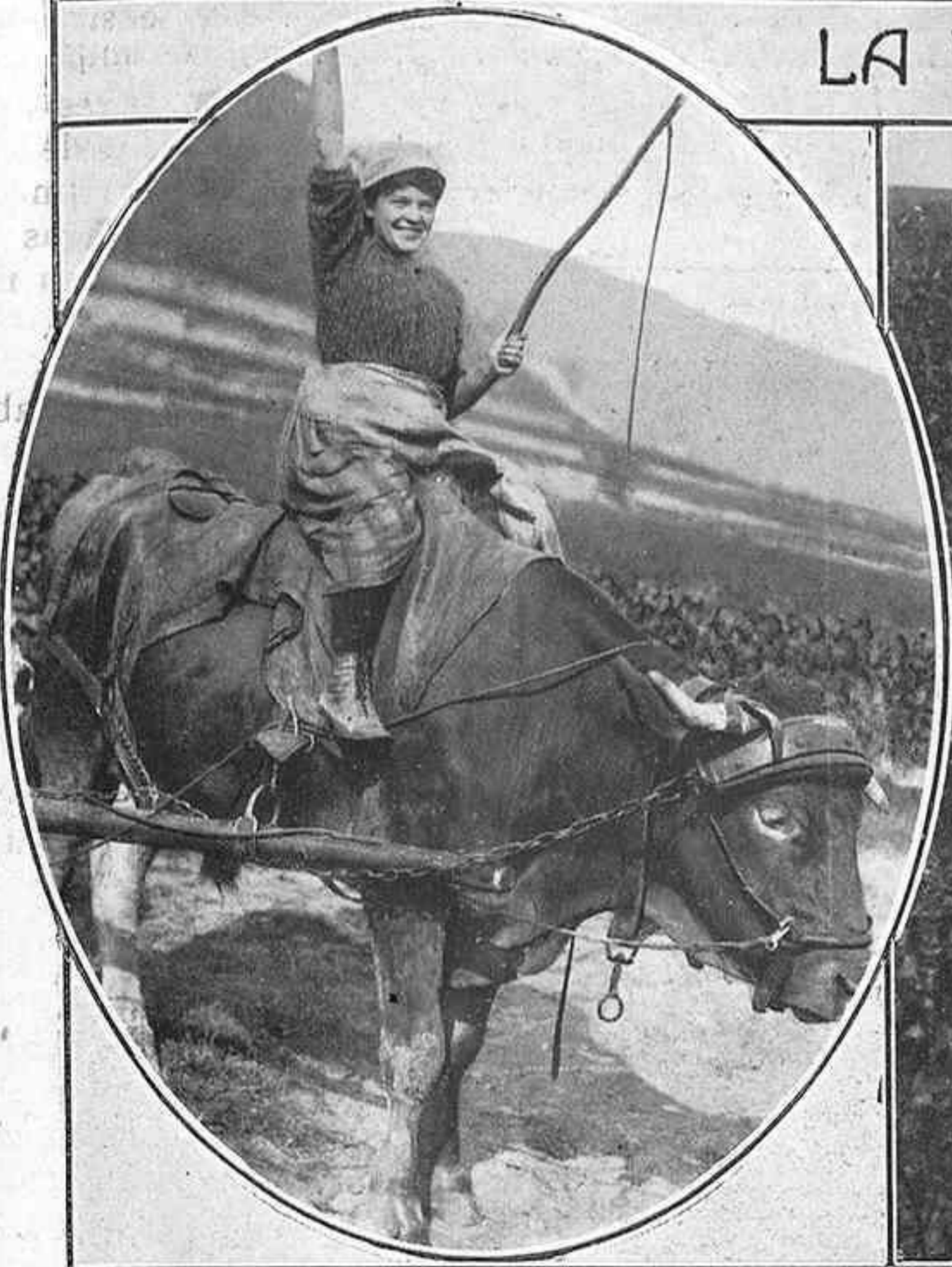
entregué un billete que traía en mi cartera... No sé lo que le di, pero era cuanto dinero llevaba yo entonces conmigo.

»—¡Dios se lo pague!, exclamó ella clavando en mí expresiva y resueltamente sus negros ojos celestiales. Feliz usted que así emplea la vida, cuando tantos hay que la malgastan en corromper al mundo, corrompiéndose á la vez á sí mismos. ¡Prémiele Dios la caridad y quiera Él tenerle en su santa guarda!

»Semejantes palabras caían sobre mi conciencia como gotas de plomo fundido. Me hallé tentado de arrojarme á los pies de aquel ángel y pedirle perdón. Traté de contestarle, pero no acerté á decirle cosa alguna. Por otra parte, como la voz se me anudase en la garganta, no pudiendo saludarla de otro modo, le hice una profunda reverencia, y cogiendo el sombrero, tomé por la escalera bajándola disparado, como si huiese del rigor de la justicia.

»¿Os vais á reír cuando os diga que lloré como un niño? Pues sí, lloré como no recuerdo haber llorado en mi vida; y desde entonces, cada vez que traigo á la memoria mi única y fracasada aventura, se me representa aquel cuadro de dolor y de miseria y veo á aquel ángel de hermosura y de virtud que, humillándome y recriminándome todavía, me señala

LA VENDIMIA EN LAS PROVINCIAS DEL RHIN



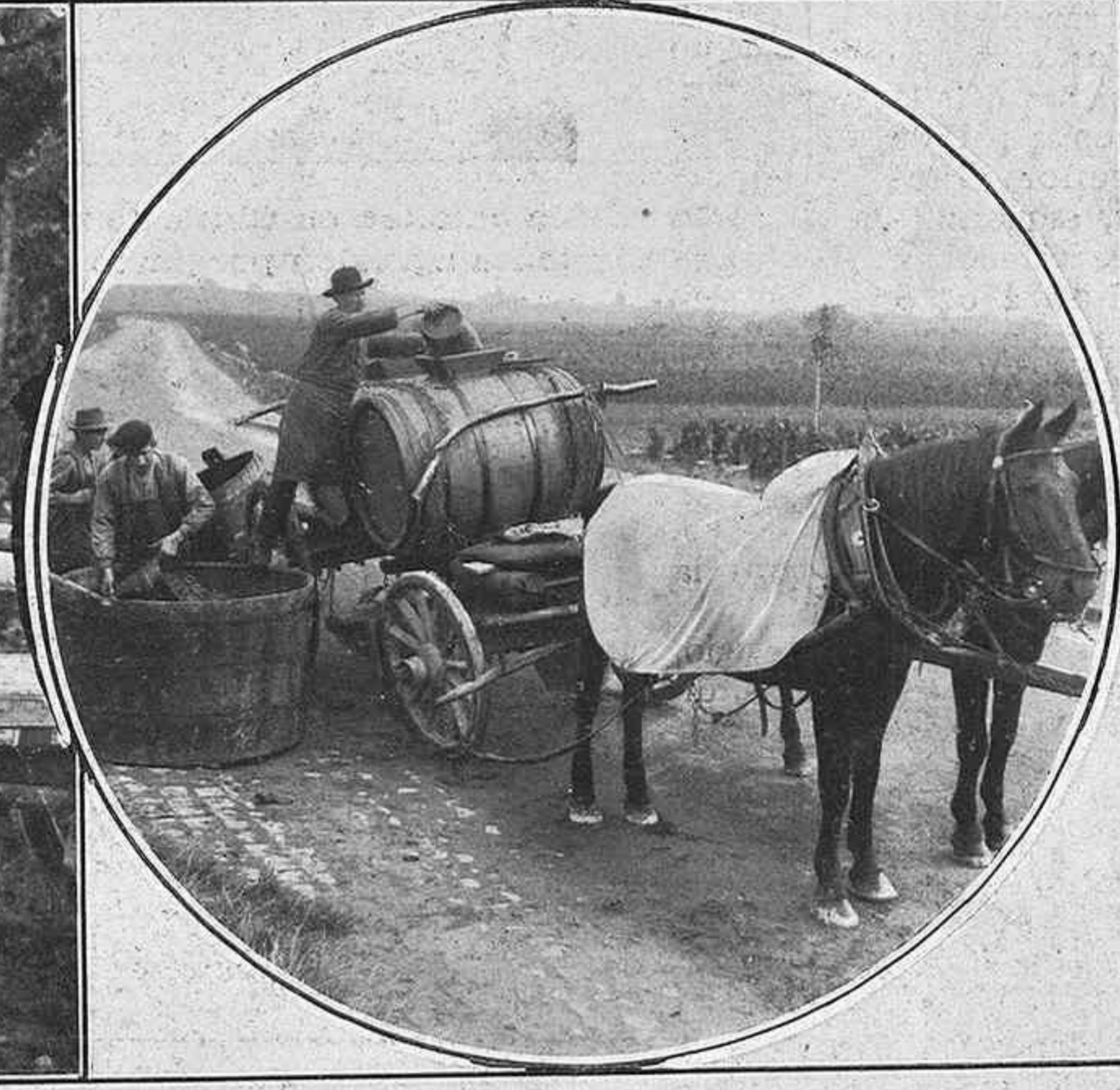
Vendimiadora.



Vendimiadoras disponiéndose á recoger la uva.



La uva recogida es depositada en una comporta.



De las comportas es trasladada á una gran cuba.



La hora de la comida.



Regreso de los vendimiadores.

(De fotografías comunicadas por Carlos Trampus.)

LA MISIÓN GUEBRIANT

La revolución china ha despertado, según parece, en algunos puntos del Celeste Imperio el odio implacable contra el extranjero y sobre todo contra los cristianos. Víctima de este odio ha sido recientemente una de las misiones católicas francesas que dirige el vicario apostólico monseñor Guebriant y que está instalada en Ning-Huen-Fu, es decir, en territorio comprendido en la zona de protección de las autoridades chinas.

Estas misiones, hasta hace poco, hallábanse en gran prosperidad y se componían de una docena de sacerdotes franceses y de gran número de católicos chinos; pero tenían muchos adversarios xenófobos que, aprovechando el actual estado de revuelta, han podido dar rienda suelta á sus sanguinarios instintos, atacando hace pocos días la sede episcopal de monseñor Guebriant, saqueándola y matando á ocho cristianos.



La misión católica en China de monseñor Guebriant, que ha sido recientemente objeto de una saugriente agresión por parte de los xenófobos quienes han dado muerte á ocho cristianos (De fotografía de Harlingue.)

CONFLICTO RUSO-PERSA

El embargo de los bienes del hermano del exsha de Persia decretado por Mr. Morgan Schúster, norteamericano contratado por el gobierno persa para

reorganizar la administración, ha promovido un grave conflicto con Rusia. Algunos de aquellos bienes estaban arrendados á súbditos rusos, lo que motivó las reclamaciones primero del cónsul general y luego del ministro ruso en Teherán. El gobierno persa, en vez de dar las satisfacciones pedidas, exigió la

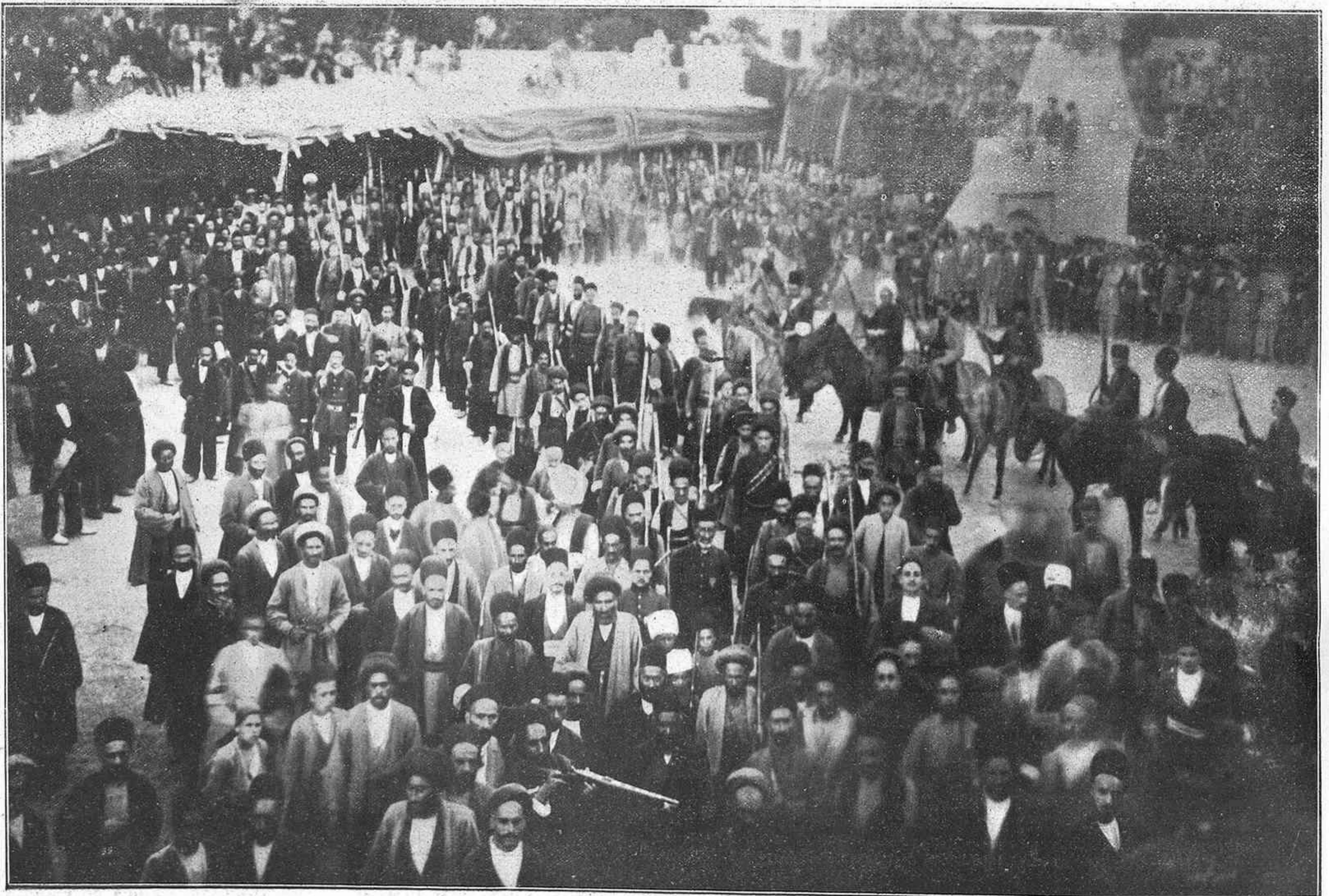
destitución del cónsul y de los funcionarios consulares, exigencia á la que no accedió el gobierno de San Petersburgo, el cual reprodujo por escrito sus reclamaciones y dió un plazo para que fuesen contestadas.

Transcurrió este plazo sin que Persia contestase y entonces Rusia envió 4.000 hombres para que se

concentrasen en Kaswine, en el camino de Teherán, y rompió sus relaciones diplomáticas con aquella potencia. Persia, conformándose con los consejos de Inglaterra, y cediendo á la fuerza mayor, decidió aceptar el ultimátum y dar las satisfacciones exigidas; mas como esta aceptación llegó á San Petersburgo cuando ya las tropas rusas se habían posesionado de algunas poblaciones persas, surgieron nuevas contestaciones y el conflicto agravóse hasta el punto de enviar Rusia un nuevo ultimátum exigiendo la destitución de Morgan Schúster y la promesa de que no serán contratados agentes extranjeros sin el consentimiento previo de los representantes ruso é inglés.

Esta nueva exigencia produjo gran excitación en Teherán, en donde el pueblo se ha entregado á entusiastas manifestaciones patrióticas y en donde la opinión pública se muestra enteramente hostil á los rusos. El gobierno persa, contando con este apoyo y ante la actitud de Inglate-

rra, que parece interesarse en que esta cuestión se solucione amistosamente, ha manifestado al ruso que no podía admitir sus condiciones, pero que abriga la confianza de que concederá bases equitativas de paz y al mismo tiempo ha dirigido mensajes á todos los Parlamentos del mundo invocando su intervención y la de las potencias en nombre de la justicia.—R.



Conflicto ruso-persa.—Manifestación patriótica de los nacionalistas persas en Teherán. (De fotografía de I. Iutin.)

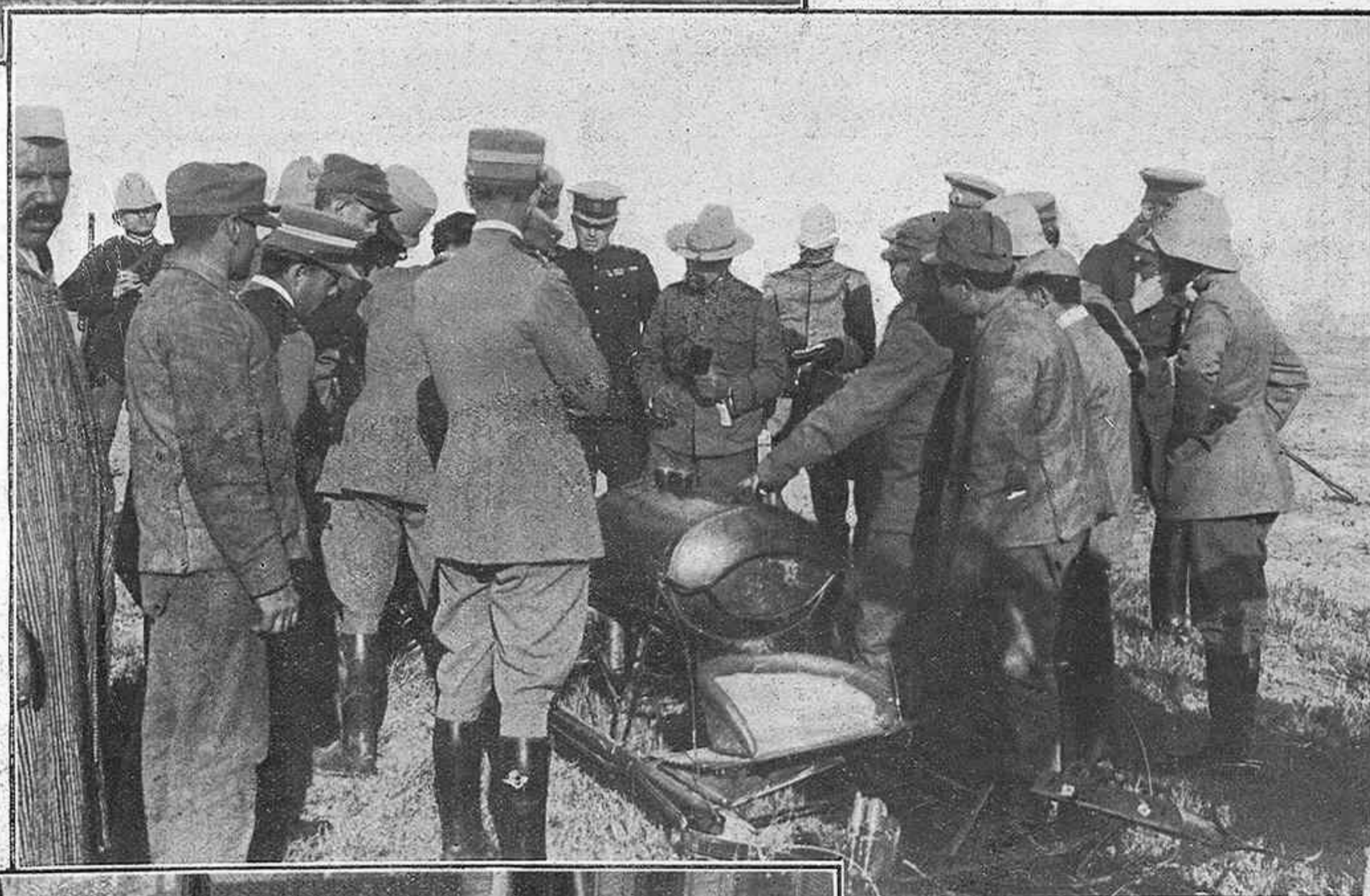
LA GUERRA ITALO-TURCA



El general Caneva leyendo el acta de anexión de la Tripolitania á Italia. (Fotografía de Rol.)

Los italianos prosiguen su movimiento de avance, ocupando nuevas é importantes posiciones. El día 1.º de este mes se apoderaron de la altura de Hassan, que domina la zona limítrofe del oasis y desde la cual los turcos hostilizaban con gran ventaja á sus enemigos. Cuatro días después hacíanse dueños de Ain Zara, centro de concentración y de resistencia de las fuerzas regulares turcas; el combate fué reñidísimo y en él tuvieron los italianos un oficial y doce soldados muertos y cinco oficiales y sesenta y ocho soldados heridos. Los turcos, según parece, sufrieron centenares de bajas. En Ain Zara los italianos se apoderaron de ocho cañones, de gran cantidad de municiones, de tiendas de campaña y de víveres que fueron abandonados por los turcos en su precipitada fuga al interior del oasis.

La jornada de Ain Zara es, al decir de los italianos, decisiva, porque aleja definitivamente á los turcos del



Los oficiales extranjeros examinando un aeroplano que fué tiroteado por los turcos durante un vuelo de exploración. (De fotografía de Rol.)

El aviador capitán Piazza, que efectuaba un vuelo de reconocimiento sobre Ain Zara el día antes de la toma de esta población, fué tiroteado por los turcos. Dos balas perforaron el ala derecha del aeroplano, pero sin dañar sus partes vitales, de suerte que el aparato pudo regresar felizmente al punto de donde había partido.

En Trípoli ha ocurrido un incidente en extremo lamentable. El conocido corresponsal del diario parisiense *Le Temps*, Juan Carrere, ha sido recientemente objeto de un cobarde atentado del que ha escapado milagrosamente. El frustrado asesinato, que se realizó de noche y en sitio solitario, se atribuye á una venganza del partido de los Jóvenes Turcos por las campañas favorables á los italianos que en su periódico ha hecho Carrere y ha promovido unánimes protestas y enérgicas censuras, que no han logrado desvanecer las atenuaciones que ha querido dar al hecho el embajador de Turquía en París, en una carta dirigida al citado diario.—S.



El pueblo de Milán, en imponente manifestación de más de 200.000 personas, despidiendo al 7.º regimiento de infantería que parte para Trípoli. (De fotografía de Zucca.)

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES



EL ESPEJO,
cuadro de E. Gelhay

La nota característica de este cuadro, las cualidades más salientes que en él nos cautivan, son la distinción y la elegancia. La figura de esa joven cuyo lindo semblante reproduce el espejo, es de una belleza exquisita; las líneas de su cuerpo, el traje sencillo que viste, la misma actitud en que se halla colocada, todo es en ella gracioso, todo tiene un sello de finura que encanta y seduce. Y hasta el mueblaje de la

estancia, en medio de su sencillez, está dispuesto con el mejor gusto y contribuye poderosamente al excelente efecto que produce este notable lienzo. Además de estas bellezas, aprécianse en el cuadro de Gelhay notables condiciones técnicas, un dibujo sólido, correctísimo, y un colorido delicado, armonioso, que da á cada objeto su valor propio.

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES



EN EL PALCO,
cuadro de U. Caputo

El autor de esta obra nos presenta una escena arrancada de la vida real. Lo que él ha visto y trasladado con tanto acierto á la tela lo hemos visto todos: ese palco es un palco de cualquiera de nuestros coliseos aristocráticos en noche de función solemne; esas damas, lujosamente ataviadas, han atraído cien veces nuestra admiración, y al contemplarlas, al apreciar cómo asisten al espectáculo, cómo les im-

presiona la ópera ó el drama que presencian, recordamos actitudes é impresiones análogas, de atención, de interés profundo por la representación escénica, en unas, de indolente indiferencia, casi de aburrimiento, en otras, y en no pocas de curiosidad, no por lo que en el escenario sucede, sino por los temas de observación y de comentario que la sala les ofrece.

MADRID.—EL ROPERO DE SANTA VICTORIA

Merced á la piadosa iniciativa de S. M. la reina fundóse hace algún tiempo en Madrid la benéfica institución del Ropero de Santa Victoria, cuyo objeto es regalar prendas de vestir

al estrado regio acompañados de las presidentas de las juntas y de los párrocos respectivos, recibiendo de manos de la reina los correspondientes equipos consistentes: los de los hombres en una muda interior completa, traje de pana, pelliza, botas de cuero, gorra, bufanda y pañuelo, y los de las mujeres en



Madrid.—La familia real en la inauguración de la exposición del Ropero de Santa Victoria, instalada en el Colegio del Sagrado Corazón

á los desvalidos. El año pasado reuniéronse 46.000 prendas; este año se han juntado más de 50.000, prueba evidente de la prosperidad de la institución y augurio seguro de un porvenir cada día más brillante. La exposición de estas prendas tuvo lugar en el Colegio del Sagrado Corazón y fué solemnemente inaugurada por la real familia.

El reparto efectuóse el día 3 de los corrientes en el salón de Columnas del palacio real, que se hallaba ocupado por una distinguida concurrencia de señoras en la que la aristocracia

ropas interiores y exteriores y en una envoltura y sábanas. Las presidentas de las juntas parroquiales que concurrieron á la ceremonia fueron, además de las tres mencionadas infantas: las duquesas de la Conquista, Santa Lucía, Sessa y de la Vega; las marquesas de Squilache, Albaserrada, Pidal, Casa Arnao, Cayo del Rey, Castelar, Hoyos, Valdeolmos, viuda de los Vélez, Aguila Real y Borja; las condesas de la Mortera y Peña Ramiro; la vizcondesa de Eza, y las señoras de Aguilal, Urquijo, Allendesalazar y Muguiro.



Un servidor de la real casa llevando un lote de prendas á un pobre impedido á la puerta del palacio real. (Fotografías Asenjo y Salazar.)

kilométrica, 105.000; total, 345.000 francos.

Deperdussin: compra de cuatro aparatos, 160.000 francos; prima kilométrica, 58.000; total, 218.000 francos.

LA NIÑA PIANISTA DOLORES ROIG

Discípula predilecta del maestro Vidiella, la niña Dolores Roig se ha identificado por completo con la escuela de profesor tan ilustre, y éste es sin duda alguna el mejor elogio que de ella puede hacerse.

Sorprenden y en ocasiones asombran la fuerza que sus manecitas desarrollan y la agilidad, la limpieza y la pulcritud con que sus dedos recorren el teclado, á veces vertiginosamente, sin fallar una sola nota; cautivan su prodigiosa memoria y el aplomo y la seguridad con que vence las mayores dificultades de mecanismo, aun aquellas que parecen insuperables tratándose de una pianista que no cuenta catorce años. Pero lo que más se admira en ella es el sentimiento exquisito con que interpreta y lo perfecto de su pulsación que le permite obtener las más bellas sonoridades, sin recurrir nunca á efectos artificiosos, y mostrarse en muchos momentos no como artista en cierne sino como consumada artista.

Así pudo apreciarlo la distinguida concurrencia que llenaba el «Palau de la Música Catalana» la noche en que la niña



El aviador Weymann, ganador del primer premio en el concurso de aviación militar recientemente celebrado en Reims. (De fotografía de Branger.)

EL CONCURSO DE AVIACIÓN MILITAR DE REIMS

Al fin se ha efectuado la prueba definitiva de este concurso, del cual nos hemos ocupado en el número 1.559, y el resultado de ella ha sido el triunfo del aviador Weymann, en primer lugar, y después de él, de Moineau y Prevost. Weymann tripuló un monoplano Nieuport, motor Gnome de 100 caballos, hélice Chauviere; Moineau, un biplano Breguet, motor Gnome de 100 caballos, hélice Chauviere, y Prevost, un monoplano Deperdussin, motor Gnome de 100 caballos, hélice Rapid. La prueba consistía en recorrer sin escala y llevando un peso de 300 kilogramos, la distancia de 300 kilómetros de Reims-Amiens-Reims. Esta distancia fué recorrida por Wey-



La niña Dolores Roig y Tintoré, notable pianista que recientemente ha dado con gran éxito un concierto en el «Palau de la Música Catalana.» (De fotografía de Mariné.)

tenía numerosa representación; en bancos de terciopelo rojo y confundidos con las damas de las distintas juntas parroquiales del Ropero, hallábanse todos los párrocos de Madrid y dos pobres de ambos sexos por cada parroquia.

Cerca de las tres y media hizo su entrada en el salón S. M. la reina, quien llevaba de la mano á la infantita Isabel, hija del infante D. Carlos y de la malograda princesa de Asturias, doña Mercedes. Seguían á la augusta señora las infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Luisa.

Tomó asiento la soberana en un sillón colocado delante de una pequeña mesa cubierta de paño rojo con ancha franja de oro, y á sus lados se colocaron la infantita Isabel, el obispo de Madrid-Alcalá, la duquesa de San Carlos y la señorita doña Carmen García Loygorri, secretaria de la Asociación del Ropero. Las infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Luisa ocuparon los puestos que les correspondían como presidentas de las juntas parroquiales de Nuestra Señora de la Almudena, de San Marcos y de Santa Bárbara.

Seguidamente comenzó el acto siendo sucesivamente llamados los pobres de las distintas parroquias que se aproximaban

mann en 2 horas, 33 minutos, 52 $\frac{3}{5}$ segundos; por Moineau en 3 horas, 9 minutos, 16 segundos, y por Prevost en 3 horas, 21 minutos, 5 segundos.

Las casas constructoras de los aeroplanos vencedores han ganado las cantidades siguientes:

Nieuport: compra del aparato vencedor, 100.000 francos; compra de diez aparatos más, 400.000; prima de 500 francos por kilómetro, pasando de los 60 kilómetros si los diez aparatos alcanzan la misma velocidad media, 280.000; total, 780.000 francos.

Breguet: compra de diez aparatos, 240.000 francos; prima

Roig hizo su primera aparición en público. Figuraban en el programa, entre otras piezas, todas difíciles, de Daquin, Chopin, Max Reger, Debussy, Liszt y Leschetizki, obras tan de prueba como la *Patética* de Beethoven, el *Preludio y fuga* n.º 3 de Bach, el *Concierto op. 16* á dos pianos de Grieg y la *Sonata en la mayor* de Scarlatti. En la ejecución de todas ellas rayó la pequeña concertista á gran altura, arrancando después de cada una entusiastas aplausos y siendo al final del concierto objeto de una calurosa ovación, que con ella compartieron justamente el maestro Vidiella y el joven pianista Sr. Det, que la acompañó admirablemente en el concierto de Grieg.

EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

—¿Recibiré hoy el indicio decisivo?, pensaba. Me siento muy próximo a la meta, pero en la niebla. Si se rasga la nube, verá la costa.

Quedóse pensativo. En suma ¿no tenía derecho a esperar? Las confesiones de Nennesse correspondían a sus propias deducciones. Lo demás había de seguir fatalmente. ¡Ah, si hubiese podido registrar los papeles de la muerta! ¡Qué mina psicológica! ¡Qué destellos de luz sobre aquel drama, tan evidentemente ligado con la vida íntima de la señora Lussac!

Fijó la vista en una hoja de papel que tenía delante, y en que tres nombres determinaban la situación actual del problema: el Sr. Rocher, Jorge Gauchery y la camarera.

De los dos primeros, esperaba un telegrama; respecto a la tercera, se proponía ir en su busca.

Llamaron a la puerta. El físico abrió y Mariquita le presentó un pequeño pliego azulado:

—¿Jorge? A ver.

Después que se hubo retirado la criada, Miguel se sorprendió vivamente emocionado. Espió un minuto el ligero mensaje, y por fin se decidió a abrirlo y a leerlo:

«Vi mistress L... Parece querer mucho a madama L..., pero ignora vida íntima. Muy afectada por suceso. Hice descubrimiento capital por sorpresa: mistress L... cría una niña de tres años, hija de madama L... No he podido averiguar por qué crían esta niña secretamente.—Jorge.»

Miguel leyó tres veces el telegrama, jadeante. El caso era todavía muy confuso; pero esta vez tenía el hilo conductor. Todo el enigma giraba en torno de la niña. Miguel creyó ver, no el fondo íntimo del asunto, sino un esquema preciso, en que móviles diversos podían producir idénticos efectos, tomó brevemente algunas notas en su carnet y monologó de esta manera:

—Más probablemente el matrimonio que una unión accidental; en todo caso, necesidad de ocultar la niña, y, por consiguiente, evidencia de persecuciones, de amenazas y también de una tara moral en el otro. Ya no navegamos a merced de las olas. En el vasto mundo, existen testigos que nos revelarán los acontecimientos y los seres.

En el momento de doblar el telegrama, oyó pasos en el corredor.

—¡Entra!, gritó, reconociendo el paso, y antes de que llamaran.

Luciana entró. Sabía que había venido un telegrafista y presentía que había noticias de Jorge.

—¡Sí, es de él!, dijo el físico, mientras ella le dirigía una mirada interrogadora. Ha desempeñado muy bien su misión: tenemos la clave.

—¿De veras?, exclamó ella, casi alegre. Entonces ¿estás contento de Jorge?

—El muchacho acaba de firmar la libertad de Enrique, ¡oh!, no inmediata, pero sí segura. Sin embargo, habrá que vigilar todavía más de cerca a tu madre, y sobre todo, nada de periódicos. Veremos de salir los tres al anochecer, en fiacre: la calle es ya accesible.

—No hay más que seis ó siete curiosos.

—¡Buena!, podremos entendernos con los municipales; son excelentes personas, y el subjefe les ha

—No es ningún mal. Eso representa para vosotras una porción de pequeños misterios agradables...

—Irritantes, tío, porque casi siempre es pueril y de nada sirve. De modo que si te figuras que no adivino... Enrique hubiera querido casarse con madama Lussac como yo quisiera casarme con Jorge. La amaba. Lo pensé en seguida, desde el momento que me dijiste que le habían preso.

—¿Y por qué lo pensaste?

—Porque debía ser. No podía haber otro motivo de su presencia en su casa.

—Pues te equivocas, Luciana, había otra cosa.

—¿Entonces no la amaba?, dijo Luciana desilusionada.

—¡No digo que no! Digo solamente que su presencia se hallaba justificada por otra cosa, por otras dos cosas al menos y que, quizá...

Detúvose, reticente. Ella le miraba con impaciencia.

—¡Ah, tío, tienes la cabeza llena de dobles fondos!

El sonido de un timbre les interrumpió, y un nuevo telegrafista hizo su aparición. Esta vez, era un telegrama del interior. Miguel leyó desde luego la firma: «C. Rocher.» Y después el texto:

«Muy señor mío: He podido hablar esta mañana con Navalís y obtener el informe útil. El personaje se llama Cecil Baring; es oriundo de la Luisiana, probablemente en parte de raza francesa. Vive en París desde hace unos quince meses y parece que aun va a permanecer aquí algún tiempo, pues ha hecho amueblar un piso en la avenida de Friedland, 31, bis. Viaja con alguna frecuencia, y no han sabido decirme si se encuentra actualmente en París. Su situación de fortuna parece buena, hasta brillante. Vive solo, se cree que es soltero. Es, al parecer, según la expresión inglesa, un perfecto gentleman.»

»Cordiales simpatías de su afectísimo.—C. Rocher.»

—¿Y bien?, preguntó Luciana, ¿buena noticia?

—Perfecta. Es otro tragaluz que se abre sobre la realidad.

Permaneció inclinado como si escuchara, y en su rostro se manifestaban la reflexión y el ardor combativo. Por fin, encerrando el telegrama y demás papeles, dijo:

—Tengo dos diligencias que hacer; es posible que coma fuera; por consiguiente, no me esperéis.

Después de haber cambiado de americana, fué a saludar a la señora Delorme; ésta parecía menos tranquila que la vispera, a pesar de las seguridades de Miguel y del telegrama de Enrique.

—¿No puedo saber nada todavía?, preguntó con voz ahogada.

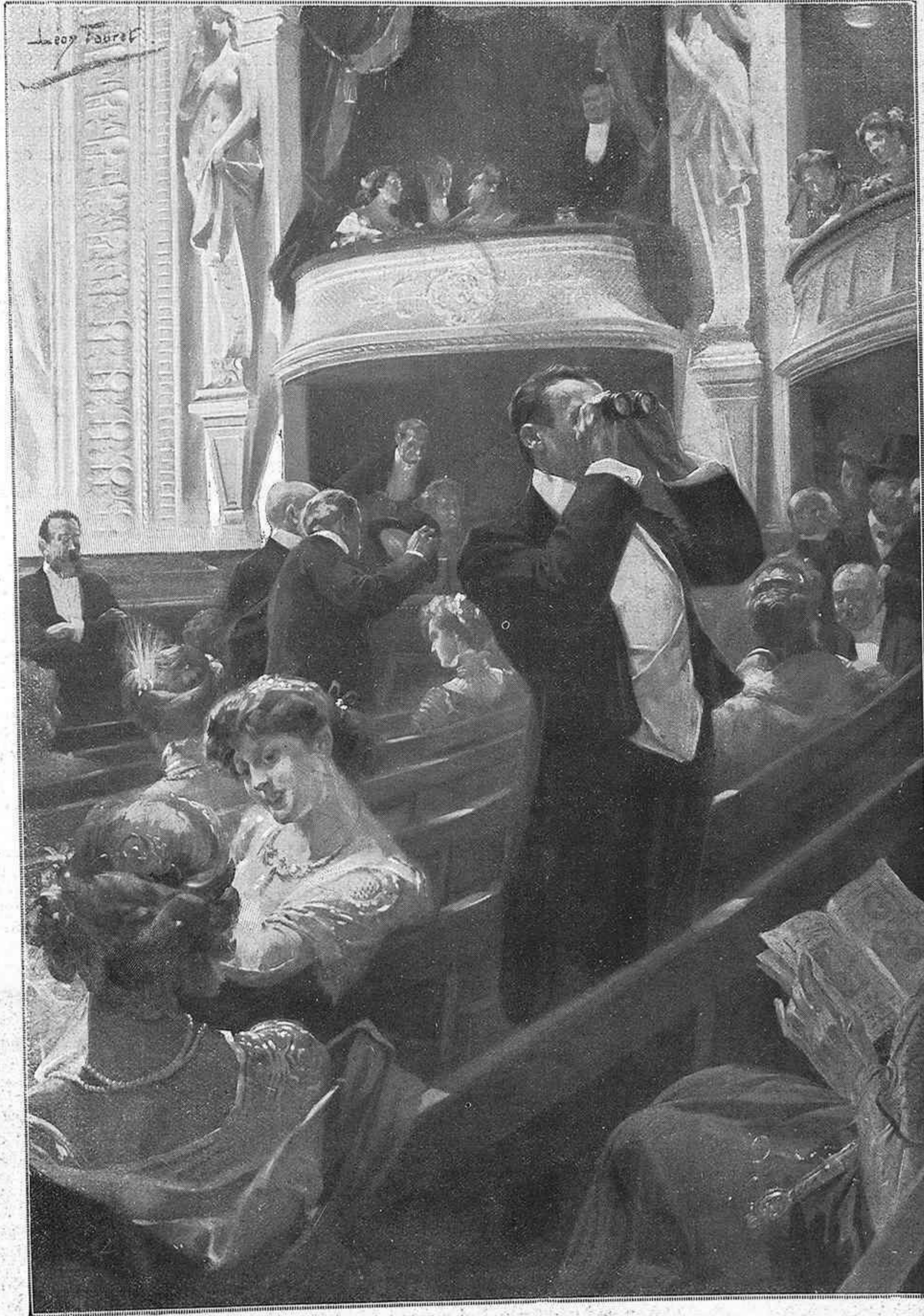
—Todavía no, hasta que me hayan desligado de mi promesa.

—Confiesa, sin embargo, que tengo motivos para estar inquieta.

—Sí, mi pobre Marta, es sensible y estúpido. Más tarde verás que yo no podía obrar de otro modo.

—Repítame que Enrique no corre ningún peligro.

—Peligro físico, ninguno; y, por lo demás, la situación se aproxima a su desenlace. Haces mal en preguntarme; es inútil y es penoso. Tan pronto como



... pero dirigió varias veces sus gemelos hacia el palco treinta y cinco

dado seguramente instrucciones. Aunque es improbable que nadie trate de darnos grita. La prensa nos es favorable y ha debido de influir en la impresionable mecánica popular.

La entrada de Luciana había producido un alivio. Si quería tiernamente a su hermana y a Enrique, Miguel tenía puesto lo más exquisito de su afecto en su sobrina. Era para él como una hija predilecta, pues encontraba en ella sus instintos más personales transformados en gracia.

—¡De modo que Enrique aun tendrá que esperar!, dijo tristemente la joven, después de una pausa.

—Sí, es doloroso... Sin embargo, no creo que sufra mucho de su prisión; el pobre muchacho oculta una pena más profunda.

—¿Más profunda?, preguntó Luciana, con interés. Miguel meneó la cabeza.

—¡Ah!, ¿tú quisieras saber?.. Todavía no.

—¿Es un secreto?

—No, precisamente; pero, en fin, tú no debes...

—¡Dios mío, suspiró, y qué de cosas hay que no pueden saberse en la vida de una joven!

pueda hablar, lo haré espontáneamente. Y ahora, hasta luego; necesito salir.

—¡Para ver á Enrique!

—Quizá... Pero el motivo inmediato de mi salida es ese abominable crimen: tengo la desgracia de desempeñar en él un papel capital. Por consiguiente, no me esperéis. No soy dueño de mi tiempo.

En la calle, no había más que diez ó doce curiosos, algunos de los cuales conocían á Miguel de vista. Si fijaron ávidas retinas sobre el químico, no hubo sombra de manifestación. Hasta una voz articuló:

—Parece que prendieron injustamente á ese joven.

—No me extraña, declaró un dependiente que pescar á los culpables.

—*Vox populi*, murmuró Miguel.

Al detenerse el tranvía de Montrouge en el hospicio de niños, Miguel subió á la plataforma, y se apeó en la calle de Dareau, que siguió hasta el número 59.

Era una casa baja, remendada como ropa vieja y precedida de un patio herboso. Abundante liquen roía la fachada, y se veían algunas tablas apoyadas en la pared, á derecha é izquierda de la puerta abierta. Miguel entró en el corredor y llamó á la primera abertura. Apareció una vieja de ojos de ámbar, con las espaldas arqueadas y las manos gafas de reumatismo.

—¿Viven aquí los Sres. Rouaix?, preguntó el sabio.

—Aquí viven, caballero, contestó una voz limada; yo soy la señora Rouaix. ¿Qué se le ofrece á usted?

Un asomo de recelo crispaba el rostro de la vieja.

—Le estimaré que me permita hablar un momento con usted, contestó Miguel.

La vieja vaciló, y examinó al hombre de reajo.

—¿No es usted de la policía?

—No, señora, no soy de la policía.

—¡Mejor! Le confieso á usted que no me gustan los polizontes, á causa de las bromas pesadas que gastaron con mi marido, en tiempo de Badingue (1). Pase usted.

Miguel se encontró en un pequeño comedor iluminado por un resplandor plomizo y que conservaba el aroma de innumerables sopas de cebolla. La vieja acercó una silla y esperó apretando los labios.

—Señora, dijo el físico, iré directamente al grano. El joven á quien detuvieron con motivo del asesinato de la señora Lussac es mi sobrino.

La vieja levantó unos brazos de araña y un vivo placer se pintó en sus ojos amarillos, pues la apasionaban los misterios y los crímenes.

—¿Quiere usted decir el joven de buena familia, y no el individuo que prendieron anoche? Entonces sé á qué viene usted. ¿Desearía usted hablar con mi hija?

—¡Acertó usted! El testimonio de su hija, aunque indirecto, tiene grande importancia. Quizá pueda ayudarme á obtener la libertad de un inocente.

Esta manera de presentar la cuestión le gustó á la señora Rouaix, que contestó:

—Si ella puede, esté usted seguro de que lo hará. ¡Dirá la verdad, y siempre la verdad! No debo ocultar á usted que el juez de instrucción la ha citado.

—Lo contrario me hubiera sorprendido.

—¡Ah!, ¿quizá le habrá contrariado á usted?

—Muy al contrario, señora. Cuanto más se explica ella con el juez, más satisfecho estaré. Pero el juez no lleva tanta prisa como yo.

—¡No tiene á su sobrino en la cárcel!

—Precisamente. Tengo interés en que la verdad resplandezca lo más pronto posible.

La vieja movió la cabeza con aire inteligente, y después de vacilar un momento, pareció tomar una resolución.

—¡Pues bien!, murmuró sonriendo; tiene usted suerte, pues cabalmente Rosalía está aquí. Y como me hace usted el efecto de ser una buena persona, va usted á verla.

Se levantó con un aire casi solemne, abrió una puerta en el fondo del comedor y llamó á su hija.

Una muchacha rubia, robusta y de ojos vivos, acudió al llamamiento, y en seguida reconoció al físico.

—¡Ah, exclamó; es el Sr. Prouvaire! Dispense usted, caballero; quizá soy yo la que debí ir á ver á usted. Pero, como soy testigo, no sabía si me estaba bien. ¡Y después de todo, no sé nada, puesto que me hallaba ausente!

Prouvaire adivinó que era una buena muchacha, lista, curiosa y bastante perspicaz.

—Evidentemente, usted nada puede decir sobre el crimen mismo, pero quizá pueda dar indicaciones. referir ciertos hechos que usted habrá visto, ayudar

en fin á la justicia y á mí mismo á descubrir la verdad.

—Comprendo, caballero. Si puedo serle á usted útil, me alegraré mucho, porque, en cuanto á ser inocente, el Sr. Delorme es inocente. ¡Respondería con mi cabeza!

—¿Entonces está usted dispuesta á darme informes?

—Todos los que usted quiera; ¡soy una muchacha honrada y nada tengo que ocultar.

—Gracias. Dígame usted, en primer lugar si vió usted á mi sobrino en casa de la señora Lussac.

—Sí, señor, le vi una vez, hará unos quince días.

—¿A qué hora?

—Por la noche, después de las nueve.

—¿Había ido por el pasaje?

—Sí. Yo le abrí la puerta.

—¿No la sorprendió á usted?

—Un poco. No supuse nada malo. La señora estaba muy seria, y, además, me llamó varias veces.

Rosalía tuvo una ligera vacilación; pero la venció.

—Ha de saber usted también que tengo el oído muy fino, y, al pasar por el corredor, oí algunas palabras. Oí que la señora hablaba de un asunto, no comprendí cuál; pero se trataba de otra persona...

—¿Puede repetir aproximadamente las palabras?

—Sí. La señora decía: «Tengo motivos para no dirigirme directamente á ella; ¿me haría usted el favor de servirme de corresponsal?» Es todo lo que oí.

—Y es muy importante. ¿Está usted dispuesta á repetirlo?

—¡Oh!, ya se lo he dicho al juez; supuse que no había de causar perjuicio al Sr. Delorme. El juez no pareció fijarse en lo que yo decía, pero, parece una estatua; es difícil ver lo que piensa.

—¿No oyó usted nada más?

—Algunas palabras sin importancia, no me acuerdo, sólo puedo decir que demostraban que la señora Lussac no estaba de broma.

Evidentemente, Rosalía había escuchado un poco.

—¿Es todo lo que usted sabe respecto á mi sobrino?

—Casi todo. Vi una vez que el Sr. Delorme había acompañado á mi señora en coche.

—¿Una sola vez?

—Que yo sepa.

Una pausa. La vieja Rouaix, arrellanada en una butaca, disfrutaba deliciosamente con el interrogatorio, sobre todo cuando le parecía que su hija había «revelado» algo. Rosalía se mostraba resuelta; su acento era firme y claro.

—En cuanto á madama Lussac, preguntó suavemente el físico, ¿no observó usted nada de particular en su vida, sobre todo durante estos últimos meses?

—Observé, hace ya mucho tiempo, que la señora estaba triste. Para mí, era una persona desgraciada que no quería que nadie supiese sus penas, á juzgar por ciertas cartas que recibía y por otras que enviaba. Rompía todas las de cierto carácter de letra.

—¿Que venían de Inglaterra?

—Sí. ¿Lo sabe usted?

—No hija mía. Hábleme de las cartas que escribía.

—No puedo decir nada, puesto que las escribía, por decirlo así, en secreto y las llevaba ella misma al correo. Parecía á veces misteriosa en sus actos, pero no es más que una suposición mía.

—De las personas que la visitaban ¿hubo alguna que llamase la atención de usted?

—¡Oh!, recibía muy pocas visitas. Tampoco salía mucho. A decir verdad, sólo una vez quedé sorprendida, y fué cuando recibí al caballero que llevaba toda la cara afeitada. Cuando le pasé la tarjeta de aquel señor, mi ama cambió de color.

—¿Está usted segura?

—¡Y tan segura! También se le alteró la voz.

—¿Recuerda usted el nombre de esa persona?

—Lo vi en la tarjeta, de paso; pero lo olvidé.

—¿Completamente?

Rosalía reflexionó un instante, y contestó:

—Completamente. Cuando no recuerdo una cosa en seguida, es inútil que me esfuerce...

Era muy probable. Rosalía no parecía pertenecer á la categoría de esos amnésicos cuya memoria vacila y tantea en torno de las palabras; su memoria debía de ser de un bloque. Miguel no insistió.

—¿Y el aspecto físico, lo recuerda usted?

—¡Oh!, muy bien. A primera vista lo reconocería. Era alto y robusto; no llevaba barba ni bigote; tenía el rostro bastante pálido, pero no enfermizo, y los ojos azules.

—¿Enteramente azules?

—No tuve tiempo de examinarlo; en nuestra situación, no es fácil. Por lo que toca al cabello, era rubio, casi rojo, aunque un poco menos que el mío.

—¿Llevaba lentes?

—¡Aguardel... Sí, llevaba lentes. Se los puso al entrar en el salón, pero ya no los llevaba al salir.

—¿No tenía ninguna seña particular, alguna cicatriz, ó mancha, ó verruga en la mano ó en la cara?

—Ninguna. Nada al menos que se notase.

—¿Ni un ojo más pequeño que el otro?

—¡Seguramente que no!

Y Rosalía dirigió una mirada curiosa al químico.

—Pregunto esto á todo evento, hija mía. ¿No tenía ciertas trazas de extranjero?

—¡Así, así! Llevaba un terno marrón, á cuadros grises, algo inglés.

—¿Y su acento?

—No sé. Hablaba como mucha gente que no es de París.

—¿Pero como un francés?

—Me parece que sí, con lentitud y entre dientes.

—A propósito de dientes ¿se los vió usted?

—Debí verlos; no me llamaron la atención. Creo que eran bastante blancos; se veía un poco de oro. Ese señor tenía la mandíbula gruesa y la barba saliente.

—¿Y las manos?

—No se me ocurrió mirarlas. Era su cara la que atraía mi atención.

—¿No vió usted nada de particular en los ademanes?

—No. Andaba bien, con los hombros hacia atrás, á grandes pasos.

—¿Qué edad le daría usted?

—Justamente, se me ocurrió esta idea al verle. De pronto, no le di más de unos treinta años; pero cuando salió me pareció de más edad.

—¿No observó usted nada durante la entrevista?

—De la entrevista, nada sé. Introduje al caballero y le acompañé á la salida. No me llamaron, y hablaban bastante bajo.

—¿Había venido en coche?

—En un automóvil, que despidió, y se volvió á pie.

—¿No le ha vuelto usted á ver?

—Nunca.

La muchacha reflexionó un instante y repuso:

—Es todo lo que recuerdo y temo que de poco sirva.

—Yo creo, por el contrario, que me será de gran utilidad. Le doy á usted muchas gracias por mi sobrino y por mí.

—¡Oh!, no hay para darlas, caballero. ¡Si al menos pudiese contribuir á obtener la libertad del Sr. Delorme! ¿Cree usted que el asesino es Nenesse?

—¡Está en lo posible!, contestó evasivamente Miguel.

Y tendió la mano á la vieja Rouaix y á su hija.

—¡No es un hombre ordinario!, dijo la madre, mientras el físico bajaba la calle de Dareau.

—No, contestó Rosalía, parece que ha inventado máquinas que hacen ver á través de las paredes.

—¡Qué buena ocasión para saber lo que pasaba en casa de tu señora!

Prouvaire marchaba á grandes pasos. La entrevista con Rosalía le parecía fructuosa. Confirmaba las declaraciones de Nenesse; arrojaba una luz particular sobre el papel de Enrique Delorme.

—Cierto es que el asunto sigue siendo esquemático, pero el esquema se precisa. ¿Qué curva va á añadir el Sr. Cecil Baring, suponiendo que yo le encuentre?

Pasaba un auto-taxi; Miguel hizo seña al cochero:

—Avenida de Friendland, 31, bis.

—¡Voy al relevo!, se apresuró á decir el cochero, á quien la distancia disgustaba.

—Somos del barrio, camarada, dijo Prouvaire, y no escatimaré la propina.

El cochero se contradijo sin pudor admitiendo á Miguel y se puso rápidamente en marcha. En el camino, el físico repasó en su memoria las declaraciones de Rosalía y las confrontó sucesivamente con todos los hechos averiguados durante las últimas cuarenta y ocho horas. Este método le era familiar; estimaba que la comparación es el elemento primordial de la lógica. Luego pensó en Cecil Baring. Después de su segunda visita á los Rocher, había concebido algunas sospechas vagas sobre aquel gentleman, lo cual no tenía nada de absurdo. De tales sospechas no subsistía casi nada.

—Baring, pensaba, es probablemente un comparista lejano en el drama íntimo de la señora Lussac. Todo lo que de él se puede esperar, es una indicación sobre la residencia en América.

Así meditando, Miguel llegó á su destino. Después de haber pagado su carrera, dió un vistazo al número 31, bis. Era una magnífica casa de pisos, con honores de palacio, uno de esos palacios en que se hospeda y hasta se recrea á viajeros cosmopolitas. El portero indicó el cuarto piso como habitación de Cecil Baring y ofreció cortésmente el ascensor.

(1) Alteración de *Badinguet*, nombre con que los adversarios de Napoleón III solían designarle por burla. (N. del T.)

En el cuarto piso, Miguel fué recibido por un criado que lo introdujo en una antesala.

—Es para un asunto muy importante, había dicho el sabio al tender su tarjeta.

—No sé si el señorito está en casa, murmuró el doméstico.

Miguel pensó:

—Sería enojoso naufragar en el puerto, porque Cecil Baring está á dos pasos de aquí.

El criado volvió casi en seguida.

—El señorito está. Sírvase usted pasar.

Cecil Baring esperaba en una especie de fumadero amueblado con sillería de ébano y cuero. Si Miguel hubiese podido conservar alguna sospecha, ésta se hubiera desvanecido á la primera mirada. La diferencia de tamaño entre los ojos del *gentleman* era tan grande, que Nenesse y Rosalía no hubieran podido menos de notarla. Además, la fisonomía de Baring impresionaba por un carácter de honradez fría, que el sabio había estudiado en varias personas. Se discernían en ella la rectitud, el odio á las cosas irregulares, el «conformismo» de un ser muy social.

—Usted dispense una visita que sería imperdonablemente indiscreta, dijo Miguel, si no me fuese impuesta por un deber tan imperioso como urgente.

Cecil Baring se inclinó con una sonrisa.

—¿Un deber para usted ó para mí?

El acento era particular; podía pertenecer á algún territorio francés y, sin embargo, evocaba un matiz exótico, á causa de la manera de articular las *r*es y de una débil entonación dental.

—Para mí, sin duda alguna, contestó Prouvaire, y quizá también para usted. Vengo á pedirle un informe que podría hacer adivinar al asesino de madama Lussac.

Cecil Baring se había estremecido.

—¡Yo ponerle á usted sobre la pista del asesino!, exclamó.

Su mirada indicó que no estaba lejos de considerar al físico como loco. Y añadió:

—Caballero, no sé nada absolutamente de todo ese asunto, fuera de lo que he leído en los periódicos.

—¿Ha leído usted, pues, la detención de mi sobrino Enrique Delorme?

—Sin duda; pero hasta ayer yo ignoraba la existencia de su sobrino de usted.

—Recuerdo el incidente, repuso Miguel, á fin de que usted comprenda que tengo el derecho y el deber de ocuparme en el crimen.

Una indulgencia pasó por el rostro severo del americano.

—Comprendo que la situación de usted es penosa. replicó. Y si yo pudiese ayudarle, lo haría con gusto.

—Sin duda puede usted, aunque no fuese más que contribuyendo á sacarme del error, si acaso siguiera yo una falsa pista. ¿Me permite usted que le haga algunas preguntas?

—Lo permito, contestó el *gentleman* con nueva rialdad y recelo.

—Gracias. Desde luego le preguntaré si encontró con frecuencia á la señora Lussac.

Cecil Baring frunció ligeramente el ceño.

—Antes, quisiera saber cómo ha sabido usted que yo conocía á la señora Lussac. Es singular.

—Singular y muy sencillo. Interrogando á amigos de la víctima sobre ciertos acontecimientos de su vida, me enteré del encuentro de usted con la señora Lussac en casa del Sr. Navalís.

—¡Oh, dijo Cecil Baring con acento anglosajón, el caso es curioso! Encontré, en efecto, á la señora Lussac en casa de ese señor. Pero no nos hablamos.

—Fué precisamente lo que sorprendió á mis amigos. Después de su saludo á la señora Lussac, esperaban que cambiarían ustedes por lo menos algunas palabras.

—¿A causa de mi actitud?

—Sí.

—Lo comprendo; yo hice ademán de acercarme á aquella señora; pero su continente me contuvo. De todos modos, eso no explica que sus amigos de usted se hayan enterado de mi nombre y domicilio.

—Ignoro si debo decir á usted cómo han podido enterarse.

—Entonces, dejemos eso, que carece de importancia. Mi vida no tiene secretos. Ahora contestaré á su pregunta. Conocí á la señora Lussac en Boston y sobre todo en Nueva Orleáns. La vi con frecuencia, sin haber figurado en el número de sus amigos íntimos.

—Hay un interés muy grande en que la justicia sepa algunos detalles precisos sobre la vida de la señora Lussac en América.

—¿Detalles precisos? No veo los que yo pueda proporcionar. Mis relaciones con la señora Lussac fueron exclusivamente de sociedad; á lo sumo podré mentar algún recuerdo de visitas, de *five o'clock*, de comidas, de *soirées*, de teatro... Pero ¿en qué puede

interesar á la justicia la vida de la señora Lussac en Nueva Orleáns?

—Puede explicar la intervención de mi sobrino.

—Eso es muy enigmático; pero admitámoslo. Pues bien, me parece que la existencia de madama Lussac en Nueva Orleáns era absolutamente normal.

—¿No estuvo allí casada?

—¡Casada!, exclamó Baring con sorpresa. Pero cambió en seguida de expresión.

—¡Es decir!. Cuando yo salí de Nueva Orleáns, se hablaba de sus esponsales con un joven de la población; pero aquel noviazgo no dió lugar á ninguna consecuencia, puesto que la señora Lussac llevó hasta el fin el nombre de su primer marido.

—En suma, *pudo* estar prometida... Sería una cosa capital si yo pudiese saber el nombre del joven...

Cecil Baring reflexionó un minuto.

—¿Es que, al revelárselo á usted, no expongo á ese *gentleman* á disgustos?

—¿Pueden compararse con la importancia *social* del asunto?

—Evidentemente, no. Creo que puedo hablar. Hace unos quince días, yo no hubiera podido informar á usted, porque ese nombre se me había ido de la memoria. Posteriormente he encontrado al hombre mismo. Se llama Molyneux... Carlos Molyneux.

Miguel se había levantado, jadeante, y murmuró con voz ahogada:

—¿Carlos Molyneux?

—Sí. Y se escribe M-o-l-y-n-e-u-x, con *y* griega.

—¿Lo encontró usted en París?

—Sí.

—¿Está aquí todavía?

—No sé.

—¿Dónde vivía?

—Me fastidia decírselo á usted, ¡pero en fin!. Cuando le encontré, vivía en el hotel Continental.

—¡Ah, caballero!, exclamó Miguel, estoy seguro de que habrá usted prestado un inmenso servicio á la justicia y á un inocente.

—¿Cree usted que Molyneux se halla complicado en el asunto?

Miguel miró á Baring bien de frente. La mirada que el otro le devolvió le dió confianza.

—¿Puedo pedir á usted que no repita á nadie lo que voy á decirle?

—Se lo prometo.

—Pues bien, sí, Molyneux se halla, en cierta manera, mezclado con el asunto.

—¿Le acusa usted?

—No puedo ir tan lejos.

—*All right!* Si es posible, procure usted no mezclarme á mí en todo ese enredo.

—El nombre de usted no será pronunciado sin su asentimiento. Otra pregunta todavía: ¿cuál es el aspecto físico de Carlos Molyneux?

—Es un hombre de poco más de treinta años, alto y robusto, de ojos azules y cabellos rojizos...

—¿Y miope? La mandíbula gruesa y saliente...

—¡Cómo!, exclamó Baring con brusco desagrado; ¿tenía usted, pues, otros informes sobre él?

—No, señor, esto se refiere á un hecho connexo.

—Pues sí, es un poco miope, con la mandíbula cuadrada y saliente. Espero sinceramente que no me ha hecho usted hacer un papel equivocado.

—Se lo juro. No le he pedido nada que un juez no hubiese preguntado á un testigo...

—¿Mantiene usted su promesa de que mi nombre no saldrá á relucir, si así lo deseo?

—Mantengo mi promesa.

Baring se serenó otra vez. Y después de una pausa, repuso:

—Sin embargo, si mi testimonio fuese verdaderamente necesario á la causa de madama Lussac y á la de su sobrino de usted, estoy dispuesto á sufrir las impertinencias de la justicia.

Se había levantado, y saludando á Miguel con un movimiento rígido, le acompañó hasta la puerta.

Ni en el instante de descubrir el cadáver de la señora Lussac, ni en el momento de la detención de su sobrino, Prouvaire había experimentado tanta agitación como al salir de casa de Baring. Sus previsiones se realizaban. El desenlace del drama parecía tan claro como un teorema de geometría.

—Ahora, pensaba, podré entregar las riendas á la Seguridad y al juez de instrucción; ¡sólo ellos pueden proporcionarse con prontitud los últimos documentos útiles y coger al culpable!

Estaba tan exaltado que olvidaba, por primera vez, aquella reserva filosófica que en él se unía á una ardiente intuición. Preguntóse si no era preferible tratar de encontrar desde luego á Molyneux; pero abandonó en seguida esta idea como poco práctica y hasta peligrosa. ¡No!, había llegado la hora de confiarse á la justicia de los hombres y á la lógica de las cir-

cunstancias. Una y otra estaban llenas de lagunas, pero eran las únicas que podían determinar un desenlace necesario. Sin embargo, ¿no era preferible esperar la vuelta de Jorge Gauchery? No, esto sería perder unas cuantas horas, quizá todo un día: si el subjefe y el Sr. Louvart se mostraban circunspectos, como lo exigían sus funciones, no romperían ninguna de las mallas ya tejidas y añadirían otras.

En la prefectura, no encontró al subjefe; pero le entregaron un billete de éste que decía:

«Estaré de vuelta á cosa de las cinco.»

Miguel rondó en torno del palacio y entre el Puente Nuevo y la Catedral. Esta espera le permitió coordinar sus ideas y cuando se encontró delante del detective, había dominado su excitación, y recobrado su reserva filosófica.

—¿Me trae usted noticias?, díjole el subjefe.

—Sí, respondió fríamente Miguel.

—¿Importantes?

—Así lo creo. Pero, antes, dígame, ¿qué efecto han producido las revelaciones de Nenesse?

—Han producido grande impresión en el señor Louvart. Sin embargo, no cree en el personaje misterioso; en cambio, se inclina á creer que el sobrino de usted no ha debido tener ninguna relación con Nenesse ni con Geo. Ha confrontado al joven con uno y otro; para un buen observador, es evidente que los bandidos lo desconocen absolutamente. Para mí, esto no ofrece duda. Al Sr. Louvart, aunque un poco preocupado le ha producido efecto la actitud de los presos durante el careo. Pero eso no le explica el incidente de los diez mil francos. Como se atiende principalmente á los hechos, no dista mucho de conjeturar dos crímenes paralelos. Una circunstancia favorable al Sr. Delorme probablemente le haría cambiar de idea. Por desgracia, la actitud del acusado le indispone y le hace desconfiar; es muy sensible que éste persista en su silencio.

—Pero usted ¿cree en la inocencia de mi sobrino?

—Sin reserva alguna. ¡Y ahora, á ver esas noticias!

—Pueden resumirse en tres hechos: la señora Lussac tiene una hija que ocultó en Inglaterra; estuvo prometida y probablemente casada en América; en fin, la camarera de madama Lussac, me ha descrito un personaje cuyas señas concuerdan con las explicadas por Mechero Auer y con las del novio ó del marido.

Una estupefacción indecible se dibujó en el rostro habitualmente impávido del detective.

—¡No!, exclamó. Usted no ha podido descubrir todo eso en dos días.

—Va usted á juzgar.

El subjefe se paseaba febrilmente por la estancia; dudaba, desconfiaba aún. Al fin dijo bruscamente:

—¿Es cierto, al menos, todo eso?

—He dicho que va usted á juzgar.

—¿Entonces tenía usted documentos preestablecidos?

—Le diré, salvo un punto sobre el cual debo guardar secreto, qué documentos han guiado mis pesquisas. Mientras tanto ¿quiere usted recibir mi declaración? Ha llegado la hora en que su experiencia y su perspicacia deben desenlazar el enigma.

Estas últimas palabras volvieron á serenar un poco al de policía.

—¡Ah, ah!, dijo éste, con una satisfacción casi cándida; ¿no puede usted continuar solo?

—Lo confieso, y, además, no lo deseo. Repito á usted que, desde un principio, he contado con su inteligencia y habilidad. Si he obrado solo, ha sido porque las circunstancias me han obligado á ello.

El subjefe volvía á mostrar su fisonomía impasible. Encendió uno de aquellos cigarros negros, en que encontraba la calma y la inspiración, y dijo:

—Escucho.

Miguel expuso sucintamente la misión que había confiado á Gauchery y el telegrama que de él había recibido; mencionó luego los datos proporcionados por Rocher; refirió su visita á la camarera y á Cecil Baring (á quien no nombró). El subjefe había escuchado con una atención intensa; detrás de su actitud flemática se adivinaba una especie de voluptuosidad profesional. Al final, declaró:

—¡Es un trabajo limpio y preciso! Bastaría para colocarlo á usted entre los buenos agentes. Pero, como usted debe comprender, lo que más particularmente excita mi curiosidad es la serie de hechos materiales y psíquicos que le han conducido á sus conclusiones.

—Usted conoce parte de ellos. Desde luego hay la manera con que la señora Lussac fué asesinada. El homicidio no debió de ser brusco; todo tiende á suponer una conversación previa... más ó menos breve. Hay luego los indicios contradictorios proporcionados por el examen del salón y del cuarto dormitorio; aquí, todo revela un personaje del pueblo (la al-

fombra sucia, la pipa...); allí la presencia de una persona bastante elegante (la limpieza de la alfombra, el estuche de piel de Rusia, el fragmento de cigarro...)

—¿Eh?, dijo el subjefe, ¿qué fragmento?

—Pero ¿no miró usted dentro del estuche?

—¡Sí!, dijo el otro después de un momento de reflexión. Efectivamente, había un pedacito de hoja de tabaco; pero no veo...

—Desgajé una hebra de aquel tabaco y la quemé a la llama del quinqué; por el aroma conocí que procedía de un cigarro de gran marca, y estoy seguro de ello, porque es una marca que yo gasto con frecuencia. Aquel fragmento corroboraba, pues, las costumbres refinadas que anuncia el estuche.

—¡No puse atención!, exclamó el subjefe algo despechado. ¿Y qué más?

—La ceniza de la pipa. ¿No dije á usted que revelaba lo contrario de una caída á distancia? La manera con que se había registrado el secreter, opuesta á la manera con que se había saqueado la arquilla. Tal es el conjunto que me hizo deducir que el crimen comprendía dos escenas y dos personajes, en parte independientes.

—Los hechos han demostrado la impecable lógica de esta conclusión. ¿Pero y la cadena de indicios que guió la investigación de usted?

—Algunas notas de un carnet de la señora Lussac que tuve la indiscreción de leer apresuradamente.

—Vi ese carnet, y confieso que no me enseñó nada.

—Porque no partía usted de las mismas inducciones primeras. Yo, que casi en seguida supuse otra cosa que un vulgar asesinato y robo, debí fijarme en algunas notas sobre Inglaterra, en verdad bastante vagas, pero cuya repetición me pareció característica, y luego en otras notas que hacían alusión á su encuentro imprevisto; como también en un sobre de carta timbrada en Nueva Orleans. Después de la detención de mi sobrino, adiviné, según su itinerario, que debió llevar un telegrama á la sucursal de telégrafos de la calle de Grenelle. Registrando sus papeles, descubrí el nombre y domicilio de madama Rocher, lo cual debía conducirme á averiguar detalles sobre la vida de la víctima en Europa y á venir en conocimiento de un encuentro singular de madama Lussac con C. B. Falta el descubrimiento del nombre de madama Lane, guardiana de la niña: este descubrimiento es debido á una casualidad que debo tener secreta, pero que provoqué, naturalmente. ¡Todo esto es muy sencillo!

—Sí, una vez dada la solución; pero en realidad, no es nada sencillo; para un hombre del oficio es un trabajo agudo que le clasifica á usted definitivamente. No soy celoso, mis camaradas lo saben; ¡pero esta hazaña, se la envidió á usted!

—¿Cree usted que tengo razón?

—¡En el sentido de que el crimen es múltiple, sin duda alguna! Pero en el sentido de que el criminal sea el marido ó el exnovio de la señora Lussac, no me atrevería aún á pronunciarlo.

—Yo no me pronuncio sobre la persona, sin haberla visto, pero tengo la perfecta seguridad de que el crimen tiene conexión con las relaciones de la señora Lussac con Molyneux. Observe usted que las señas dadas por Nenesse, por Rosalía y por C. B. concuerdan y que el estuche de lentes lleva las iniciales C. M. que corresponden á Carlos Molyneux.

—¡Todo esto es verdad! ¿Entonces, según usted, hay que proceder á la captura de ese individuo?

—Sin vacilar un instante.

El subjefe pareció indeciso.

—¡Eso no es de mi incumbencia! Sólo el juez, señor Louvart, tiene facultades para decidir la detención.

—¡Ya lo sé! Pero mientras tanto, usted debiera hacer espíar á Molyneux, ó descubrir su paradero, si ya no está en el hotel Continental.

—Ya puede usted suponer que lo haré.

—Estoy seguro. Y estoy seguro también de que, por lejos y por oculto que esté, desde el momento que usted le persiga, es hombre cogido.

—¡Ah!, ¿tanta confianza tiene usted?

—Una confianza absoluta.

—¡Después de lo que acabo de decirle, estoy más orgulloso de esa confianza que de la del mismo prefecto! ¿Sabe usted lo que vamos á hacer? Vamos á ver si encontramos al Sr. Louvart, y usted le explicará el caso.

—¿No sería mejor que se lo explicase usted? Es lógico que recele de mí.

—Y recelaré. Pero usted está empapado del asunto, y, aunque el Sr. Louvart detesta toda intromisión de personas ajenas á la policía, procura ser imparcial. Pasada la primera impresión, serán los argumentos de usted, y sobre todo los hechos los que harán mella en él.

—¡Sea! Vamos á ver, pues, al Sr. Louvart.

El Sr. Louvart se encontraba en el Palacio de Justicia. Consintió en recibir, y en escuchar luego al sabio. Lo hizo al principio con un desdén mal disimulado, pero no tardó en escuchar con un interés, tan malévolo como real, los hechos precisos que le referían. Por enemigo que fuese de las conjeturas remotas, concedió que había un misterio en la vida de la señora Lussac y admitió su importancia. Las concordancias que se encontraban en las declaraciones de Mechero Auer, de la camarera y de C. B., le produjeron más impresión que todo lo demás.

—Es posible, condescendió en decir, que haya aquí algo. Habrá que verlo; habrá que comprobarlo. Pero todo eso no deja de ser bastante impreciso y aun no explica la intervención de su sobrino.

—Se explicará por la sucesión natural de los acontecimientos, dijo firmemente Miguel.

—¿Qué acontecimientos?, replicó con bastante acritud el juez. ¿Supone usted que voy á hacer prender de buenas á primeras al Sr. Molyneux? ¡Es un ciudadano americano, caballero; si se le prendiera indebidamente, tendríamos que contestar á reclamaciones enérgicas y justificadas!

—Supongo tan sólo, que será urgente mandar comparecer á este personaje, tan pronto como la policía haya señalado su presencia en París ó en otra parte. Si es inocente, comparecerá libremente y no se negará á contestar á las preguntas de usted. Si es culpable, intentará, ó bien huir, ó defenderse con alegaciones falsas ó dilatorias.

El juez había fruncido el ceño; su rostro acusaba una contrariedad rayana en cólera. Pero no podía eludir la cuestión, y, además, como hombre de conciencia, no quería eludirlo.

—Está bien, dijo. Haremos comparecer al señor Molyneux, si podemos.

E hizo un rígido saludo para indicar que la entrevista había terminado.

En el pasillo, el subjefe dijo á Miguel:

—Se ve que el sistema de usted no le gusta.

—¡Diga usted que le ha tomado tirria! Afortunadamente es hombre de conciencia. Lástima que me haya despedido tan bruscamente, porque aun tenía que hacerle algunas súplicas.

—¿Cuáles? Yo trataré de sugerírselas.

—Hubiera convenido que Nenesse y Rosalía Rouaix viesan á Molyneux.

—Por lo que toca á Rosalía, la cosa es fácil. No habrá más que citarla el mismo día que al americano. Podrá verle al pasar. En cuanto á Nenesse, habría que apelar á algún ardid... ¡Haré lo posible!

—En fin, á mí también me gustaría contemplar al personaje.

—No habrá dificultad. Yo le avisaré.

—Entonces, todo va bien. Nos acercamos al desenlace.

—¿Quién sabe? dijo el subjefe en tono fatalista.

Miguel, sentado cerca de la ventana, esperaba la visita de Jorge Gauchery. Lo extraño de su situación le impresionó profundamente. Había reflexionado poco en ella hasta entonces, absorbido por la urgencia de las investigaciones. Ahora casi le parecía haber soñado. ¡Cuán lejos estaba de su vida normal! ¡Qué de peripecias acumuladas en tan poco tiempo! ¡Y qué de coincidencias misteriosas!

—¡Ah, qué complicada es la vida!, pensaba. ¡Qué de veces el hombre más metódico se ve proyectado fuera de todas sus costumbres por un acontecimiento brutal! ¡Qué de destinos cambiados por un simple gesto! ¡Lo que da tanto color á mi pequeña aventura, es que en ella se mezcla el sabor áspero y terrible de la muerte, y de la muerte feroz, primitiva, súbita, de la res degollada por la fiera!

Monologó algunos minutos sobre este tema, y añadió con una misteriosa sonrisa:

—¡Sin duda! Con mi carácter, con mi afición á los enigmas humanos y á las aventuras policíacas, no es de extrañar que yo haya concluido por mezclarme en una instrucción criminal. Pero ¿y la otra coincidencia?

Se puso á pensar en el álbum de la señora Lussac, en el retrato de aquel Duquesne, cuya vista le había impresionado tanto. Apenas le conocía, y, sin embargo, aquel hombre había tenido una influencia incalculable en la vida de los suyos. Él había determinado la ruina, é indirectamente, la muerte de Jaime Delorme; por su culpa Miguel había venido á ser el único protector de su hermana, de su sobrina y de su sobrino. Duquesne, después de haber arruinado á Delorme, parecía arruinado también, salvo la dote de su mujer, de la cual se decía que era considerable. ¿Qué había hecho después? Miguel no lo sabía, pero de seguro había hecho otra vez fortuna, á juzgar por las palabras de la señora Rocher.

—Delorme, continuaba dialogando Miguel, dijo siempre que Duquesne no era una mala persona, sino solamente ligero, olvidadizo, con un gran sentido de los negocios y mucha perspicacia ó inventiva. Sin duda, no comprendía que la manera con que había arrastrado á Delorme no era legítima y que había contraído una especie de deuda. ¿Enteróse siquiera de que la viuda y los hijos de la víctima eran pobres? Lo parece, si no leí mal entre las líneas del carnet, pero lo supo demasiado tarde. ¿Demasiado tarde?

Prouvaire se había levantado y miraba por la ventana, apoyado en la jamba. Reinaba en el exterior una tranquilidad encantadora y tierna. Aquel rincón de París, en que abundan los grandes jardines, parecía prometer una vida quieta á sus habitantes. El Observatorio añadía una nota singularmente poética, meditativa y vasta. Allí es donde, en las noches puras, el espíritu del hombre escala los espacios inconmensurables, se mezcla en los magníficos misterios de los génesis. La clara artillería de los telescopios gira sus baterías hacia las estrellas, las mallas de los espectroscopios cogen y dividen los rayos de luz, buscan la respuesta al Enigma en las ondas imperceptibles, revelan el parentesco de las substancias que tejen la tierra, el sol, Sirio, Aldebarán, Vega, Arturo...

A dos pasos, sin embargo, el insecto humano se hipnotiza sobre sus trabajos, sus penas, sus concupiscencias, sus luchas, sus crímenes. Y Miguel pensaba mucho menos en los cazadores de astros abrigados en aquellas torres serenas que en el homicidio de la señora Lussac y en el hombre que había arruinado á los suyos. En aquel momento, se preocupaba todavía más con Duquesne que con su desgraciada vecina. Es que creía haber descifrado el misterio del asesinato, al paso que el otro enigma subsistía, á pesar de que había creído entrever una solución confusa.

Y volvía á preguntarse:

—¿Dejó ella ó no dejó testamento? ¿Formuló Duquesne ó no formuló un deseo de reparación? Bien considerado, como ella debía creerse, y con razón, destinada á una larga vida, hay pocas probabilidades de que hubiese creído deber tomar disposiciones testamentarias. Pero que hubiese unido algunas piezas secretas al testamento de su padre, no es ya tan improbable.

Volvió á recordar las letras fatídicas: *sg. Cl.*, que le persiguieron como una obsesión. Siendo las únicas que habían desafiado su adivinación y su análisis, las relacionaba, sin motivo apreciable, pero por una inclinación natural de su espíritu, á toda la parte todavía oscura del proceso. Le parecía que si, al fin, descifraba el sentido de aquellas letras, se rasgarían los últimos velos.

—No es muy probable, murmuraba; apenas si no es absurdo. Las mujeres rodean de tanto misterio las pequeñas como las grandes cosas: de modo que la significación de esas letras es quizá muy fútil.

El timbre de la puerta exterior interrumpió sus reflexiones. Levantó la cabeza y no le sorprendió ver á Mariquita introducir á Jorge Gauchery, quien, después del apretón de mano, dirigió una mirada circular al laboratorio.

—No, no está aquí, dijo riendo Prouvaire. Pero no se te escatimará la recompensa: luego *la* verás. Pero será una de las últimas veces.

Jorge exhaló un largo suspiro.

—¡Ay!, repuso el sabio, es la fatalidad, y tú mismo no te atreverías á negarlo.

—¡Oh, si no se tratase más que de mí!

—Pero se trata de ella.

—¿Quién sabe si no sería menos feliz?

—En efecto. Pero ese *quién sabe* es demasiado vasto; no podemos correr su riesgo, su riesgo *salvaje*. Hablemos de tu misión.

—No traigo más noticia que la que le telegrafé. Nada más que detalles.

—Les doy muchísima importancia. Dime cómo encontraste á la señora Lane.

—De la manera más natural del mundo. Llegué á Folkestone por la noche, demasiado tarde para ir en seguida á Sandgate. Pero fui á la mañana siguiente muy temprano. Me indicaron la casa de campo residencia de Mrs. Lane, quien me recibió con frialdad casi agresiva. Es una mujer alta, de cutis color de ladrillo y ojos negros, pequeños y enérgicos. A su lado, una niña de tres años llamó inmediatamente mi atención; tan pronto como la vi estuve seguro de no haber hecho mi viaje en balde; ofrecía un parecido extraordinario con la señora Lussac. Me costó trabajo ocultar mi sorpresa. Y me pareció conveniente proceder *ex abrupto*.

—¡Encantadora criatura!, dije. La señora Lussac debe adorarla.

(Se continuará.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE. --AGENDA CULINARIA. --MEMORANDUM DE LA CUENTA DIARIA. --AGENDA DE BUFETE. --AGENDA DE BOLSILLO. -- Estas publicaciones de la importante casa editorial matritense de Bailly-Bailliere, no necesitan ser encomiadas; todas ellas tienen una brillante historia y son bien conocidas del público. El *Almanaque* es una pequeña enciclopedia llena de amenos é interesantes artículos, de conocimientos útiles en todas las manifestaciones de la inteligencia y de la actividad humanas y ofrece, además, á los compradores la ventaja de hacerles partícipes de 622 regalos. Su precio es de 1'50 pesetas en rústica y 2 encuadernado. La *Agenda Culinaria*, que cuesta 2 pesetas en Madrid y 2'50 en provincias, contiene, además de multitud de recetas sumamente prácticas, menús completos y variados para cada día del año, el calendario y hojas para anotar los ingresos y los gastos diarios. El *Memorandum de la Cuenta diaria*, cuyo precio es de 2'50 pesetas en Madrid y 3 en provincias, puede calificarse de libro ideal de anotaciones indispensable para todas las personas que desean tener en orden sus asuntos y llevar en detalle sus cuentas. La *Agenda de Bufete* es de gran utilidad para las oficinas públicas lo mismo que para los estableci-

mientos de comercio y para los particulares de todas las clases sociales, pues contiene calendario, hojas para apuntaciones, listas de santos por orden alfabético é infinidad de datos sobre ferrocarriles, ministerios, aranceles, correos, telégrafos, etc.; el precio es de 1 á 4 pesetas, según las ediciones. La *Agenda de bolsillo* es un elegante libro de notas que puede

STAGNO, GAYARRE, MASSINI. LAS TRES GRANDES ESCUELAS DEL CANTO MODERNO, por *Enrique Sánchez Torres*. -- Además de este interesante estudio de los tres eminentes tenores, estudio que leyó el Sr. Sánchez Torres en una conferencia concierto, el año pasado, en el Ateneo de Madrid, contiene este libro una parte de polémica y crítica, otros trabajos sobre el canto, la estética y la ciencia actuales, numerosos juicios sobre el autor y algunas poesías en castellano y en catalán. Un tomo de 78 páginas impreso en Madrid en la imprenta de los Hijos de M. G. Hernández; precio, dos pesetas.

MEMORIA DEL CENTRO ESPAÑOL DE SANTOS correspondiente al año 1910, 16.º de su existencia, presentada por el presidente de la Junta Directiva D. José M. Molinos en la asamblea general efectuada el día 8 de enero de 1911. -- Un folleto de 56 páginas con varios apéndices que demuestran el estado próspero de aquella entidad, impreso en Santos (Brasil) en la Casa Rembrandt.

LA TRAGEDIA DE D. INIGO, por *Pedro Luis de Gálvez*. -- Una acción interesante, unos personajes hábilmente descritos y movidos que parecen arrancados de la realidad y un estilo fácil y castizo, tales son las cualidades distintivas de esta novela, cuya lectura puede recomendarse como la de todas las que forman parte de la importante biblioteca «Patricia» que se publica en Madrid. Un tomo de 128 páginas; precio, una peseta.



Guerra italo-turca. -- Restablecimiento de la vida normal en Trípoli después de la ocupación italiana. Vista del mercado. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

servir de cartera y contiene interesantes datos sobre correos, reducción de monedas, etc.; se vende á 1'50 y á 2 pesetas.

tria,» que se publica en Madrid. Un tomo de 128 páginas; precio, una peseta.

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Duseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.



CITRATO EFERVESCENTE
"KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES.
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

Fecha de 1849 Paris.

PUREZA DEL CUTIS
-- LAIT ANTÉPÉLIQUE --
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ BARROSA
SARPULLIDOS, PRECOCES
ARRUGAS, EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa GANDÈS E. St-Denis, 16

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

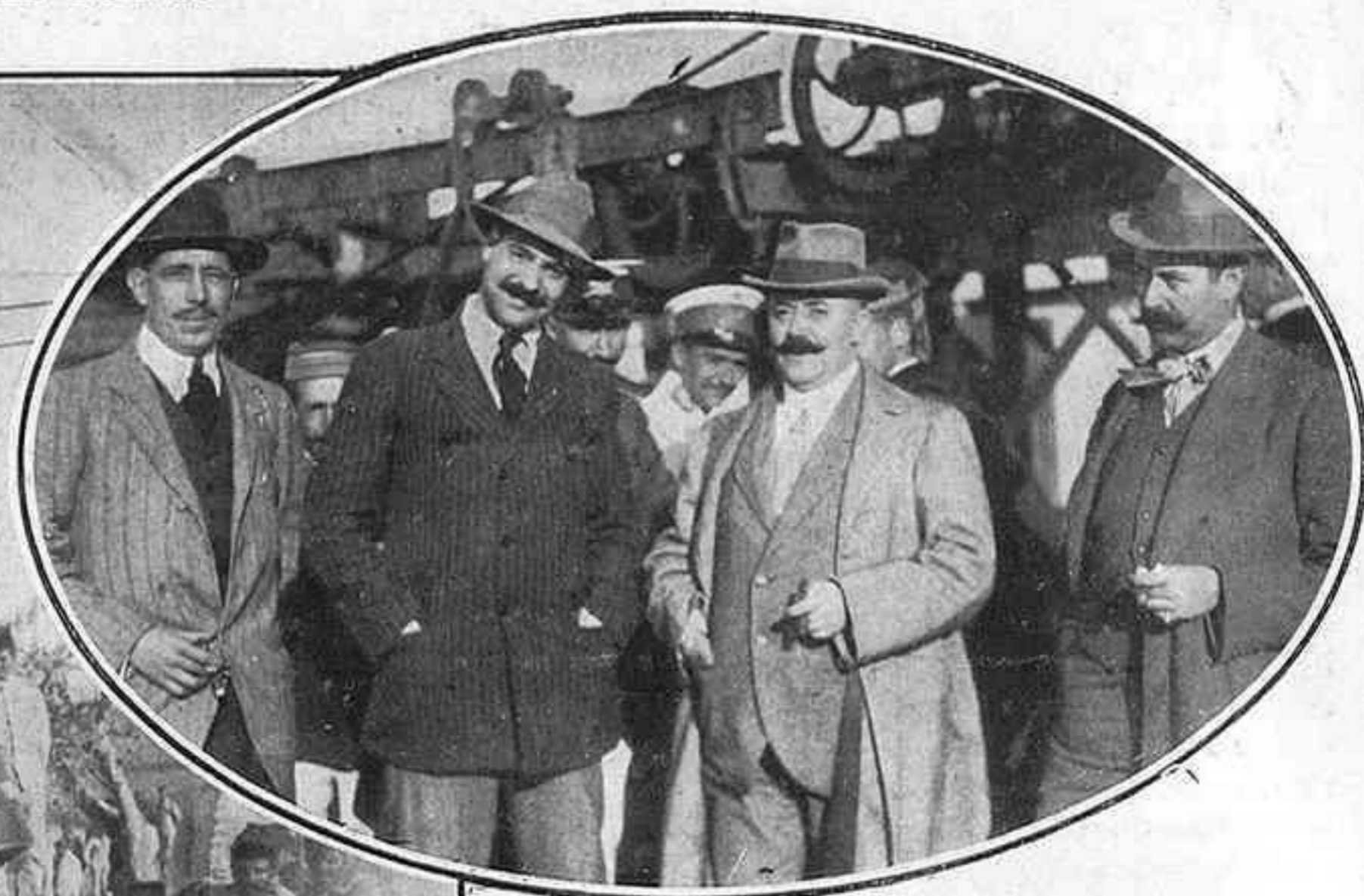
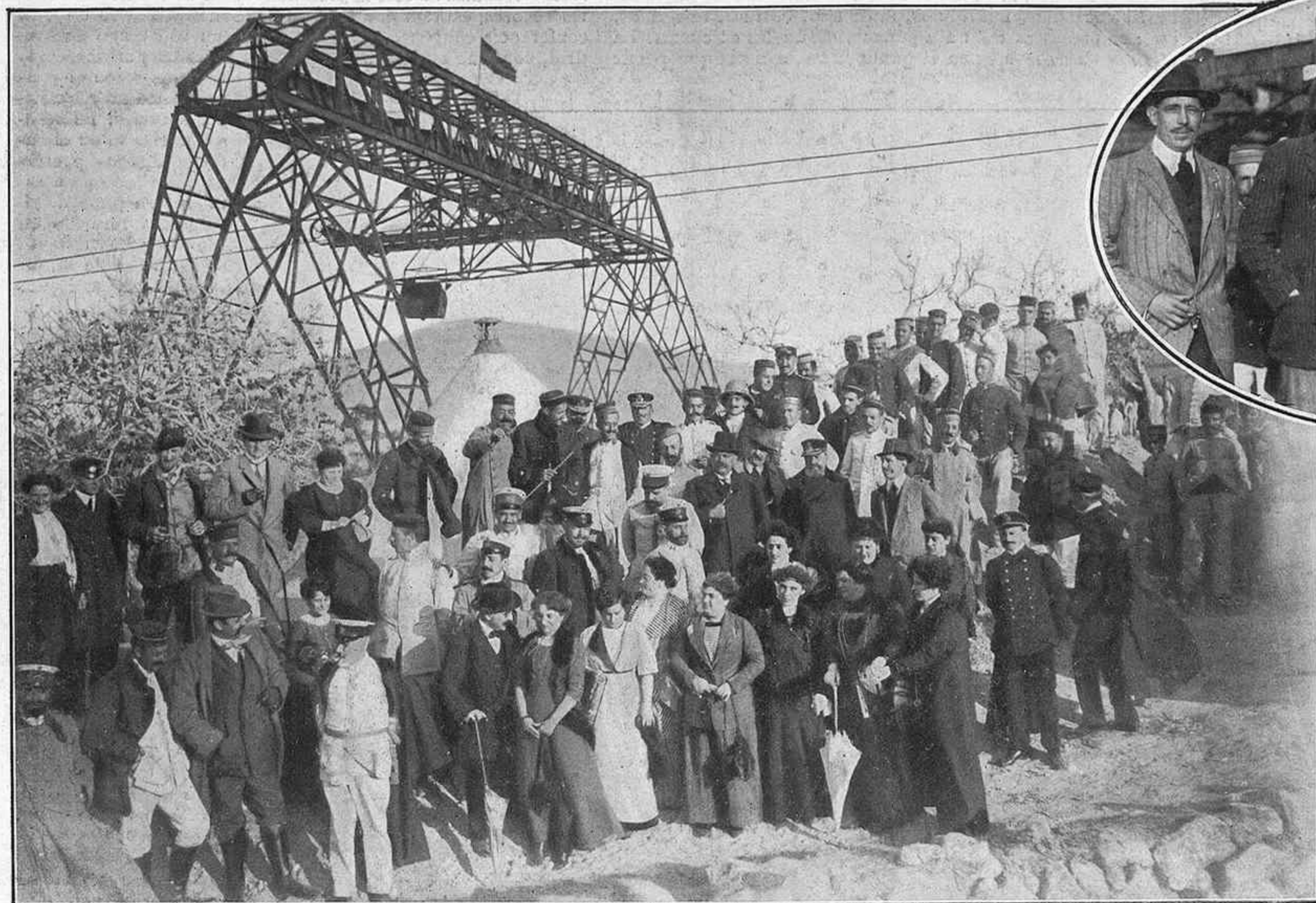


Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. -- Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

MELILLA.—INAUGURACIÓN DE UN TRANVÍA AÉREO EN SAN JUAN DE LAS MINAS



Grupo de periodistas españoles.—De izquierda á derecha: Sr. Lobera, director-gerente de *El Telegrama del Rif*; Sr. Rivera, corresponsal de *El Imparcial*; Sr. Fernández de Castro, corresponsal de la Agencia Fabra; señor Mata, corresponsal de *La Correspondencia de España*. (De fotografía de Antonio Rectoret.)

Grupo de invitados al acto de la inauguración

El día 23 de noviembre último inauguróse el tranvía aéreo para el transporte de minerales en el monte Uixán, propiedad de la Compañía Española de Minas del Rif, habiendo asistido al acto numerosas y distinguidas personas, que salieron de Melilla á las once y media en tren especial.

han sido dirigidas por el ingeniero D. Gabriel Ramos, puede transportar en diez horas 1,500 toneladas de mineral, que los baldes conducen á un depósito capaz para 50 000. Este depósito está construído sobre dos túneles de 59 metros de longitud cada uno y en su base tiene trece boquillas por las cuales se cargan los vagones del ferrocarril.

En la estación del Avanzamiento efectuóse la ceremonia inaugural. Las torres y los puentes del tranvía estaban engalanados con colgaduras y banderas españolas, y del cable pendían los baldes que poco después habían de transportar el mineral. La señorita García Aldave cortó la cinta de los colores nacionales que sujetaba el tranvía y éste se deslizó hasta alcanzar la velocidad normal de 120 metros por minuto.

El nuevo tranvía, que ha sido construído por la acreditada casa de Londres Ropeways Limited y cuyas obras de fábrica

QUEBRADO DURANTE 16 AÑOS

Maravillosa Cura de un Bien Conocido Vecino de Santander, Certificada por un Médico

Es una dicha el saber que hay una cura para la quebradura. Mucha gente contiene que sólo un cirujano con cuchillo y aguja puede volver á unir el lugar roto.



Sr. D. DEMETRIO LAGUNILLA

Pero la experiencia del Sr. D. Demetrio Lagunilla, Talleres de S. Martín, Santander, destruye completamente esta teoría. Hay un especialista en Londres que ha descubierto un maravilloso Método de tratamiento, que no sólo retiene toda clase de quebraduras sino que también hace que los músculos se unan. El Sr. Lagunilla supo esto é hizo la prueba y el resultado fué maravilloso.

Aunque de 60 años de edad y con una quebradura muy mala, el Sr. Lagunilla empezó en seguida la cura, y se curó perfectamente en un plazo notablemente corto. Hoy está bueno y alegre y completamente libre de la traza más ligera de su quebradura.

Doctor Leoncio Santos Ruano, Médico de Beneficencia y Forense, Certifica: Que Don Demetrio Lagunilla sufrió por muchos años de una quebradura crural en el lado derecho por la cual ha tenido que usar diferentes bragueros, pero convencido que él no podría curarse de este modo usó el aparato del Doctor W. S. Rice y el Desarrollante Lymphol, y por dicho tratamiento está ahora completamente curado no quedando la más ligera molestia, y así puede dedicarse á sus ocupaciones diarias.

A petición del interesado expido el presente certificado en Santander el 21 de Julio de 1911. (firma) Dr. S. Ruano.

El Sr. Lagunilla recomienda naturalmente este Método y su cura fué de gran interés entre sus amigos, muchos de los cuales estaban quebrados y que ahora también están en camino de una cura.

El Método es el descubrimiento del Doctor W. S. Rice, uno de los más conocidos especialistas del Mundo. Recientemente publicó un libro ilustrado acerca de la quebradura el cual enviará gratuitamente á todo el que lo solicite y con objeto de quitar de la mente del público el que la quebradura no puede curarse. Lo bueno de este método es la ausencia de todo dolor, inmunidad de peligro, no se necesita operación y no hay pérdida de tiempo en el trabajo diario. Es un método que bien merece su investigación. Escriba en seguida - hoy mismo - por el libro gratuito que explica claramente el método de cura y que es de inmenso valor á todos los quebrados ó que tienen amigos quebrados.

Dirección: Dr. W. S. RICE, S. 690. 8 & 9, Stonecutter Street, Londres, E.C., Inglaterra.



VINO y JARABE

DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PÍDASE PROSPECTO J. A.

ZEITZ



GEMELOS PRISMATICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE OPTICA Y POR

E. Leitz, Wetzlar (Alemania)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria